Serie Hermanas Merriweather libro 4



CLARA ANN SIMONS

TRAS EL OLVIDO

Tras el olvido

Serie Hermanas Merriweather Libro 4

Clara Ann Simons

Tras el olvido
Clara Ann Simons

Copyright © 2025 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 29/07/2025

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

CAPÍTULO 1

Marlo

Eileen Drake tiene una mirada extraña, sus ojos azules parecen estar perdidos en algún punto entre el presente en el que habita y un pasado que no consigue recordar.

Mi café lleva frío desde hace tiempo, pero sigo dándole vueltas a la cuchara… y a esa fotografía.

—Dieciocho años —mascullo entre dientes mientras repaso las notas una vez más—. Dieciocho jodidos años sin recordar quién era.

Toda una vida que tendría que estar repleta de historias y recuerdos y que ahora tan solo contiene un vacío aterrador.

Deslizo la punta de los dedos por la primera hoja del expediente: Eileen Drake, aproximadamente 60 años. Amnesia tras un severo accidente de tráfico que casi le cuesta la vida. Lesiones físicas curadas, cognición mayormente intacta. Sin datos anteriores al accidente. Tan solo: "ver admisión hospitalaria adjunta".

Su marido me envía el vídeo que lo desencadenó todo: "Silver Peaks, donde los sueños cobran vida". El lugar parece haber salido de un cuento de hadas, pero para Eileen, ha sido más bien una pesadilla.

Clavo la uña del dedo pulgar en el teclado y pongo el vídeo en pausa. La imagen se congela, mostrando varios picos nevados. En la esquina inferior derecha, el logo: una montaña estilizada, de esas que podrías ver en una botella de cerveza artesana.

Le doy de nuevo al play y la cámara se desliza por un hotel de ensueño, suelos pulidos, familias que ríen alrededor de una chimenea gigante… todos perfectos: niños, padres, madres. Todos con cara de buenas personas, de esos a los que dejaría al cuidado de mi perro, si tuviese uno. Quieren que te sientas como si estuvieses en casa, pero más limpio.

Los datos médicos confirman una amnesia retrógrada severa tras el accidente de tráfico. De hecho, tiene suerte de estar viva. Pero hay algo que no cuadra en el informe policial. El vehículo aparece en una carretera secundaria cerca de Lincoln, en Montana. Sin equipaje, sin documentación, sin nada que pueda identificar a la mujer inconsciente que encuentran entre los hierros retorcidos de la carrocería. Ni a ella ni al coche que conducía. Como si alguien se hubiese tomado muchas molestias en borrar todo rastro.

El teléfono vibra contra la mesa de cristal. Dejo que suene unas cuantas veces, a continuación descuelgo. Otra vez ese hombre, está desesperado.

—Marlo Bergeron —respondo, golpeando con el extremo del bolígrafo contra la mesa.

—Ha sucedido de nuevo, señorita Bergeron —informa Daniel Drake con un largo soplido de frustración.

Asiento lentamente con la cabeza, aunque sé que no puede verme.

—¿Otra vez los mismos recuerdos?

—Sí. Fue tras ese maldito anuncio. El de Silver Peaks. Ojalá no lo hubiese visto nunca. Ni siquiera vemos mucha televisión, pero salió durante las noticias de la tarde. Se puso blanca de pronto y a continuación, comenzó a llorar sin saber por qué. Dijo que nunca había visto ese lugar antes, pero estaba segura de que lo conocía. Las montañas, la plaza del pueblo, todo.

—¿Es la primera vez que le ocurre?

—Nunca le había pasado algo así —suspira—. Los médicos dijeron que podría tratarse de una grieta en su amnesia, aun así, es como vivir con el fantasma de alguien al que nunca conociste. La mayor parte del tiempo está bien, pero de pronto, se acuerda y se pone a llorar.

Cierro los ojos y meneo la cabeza. Siempre me ocurre lo mismo, cada vez que tengo un caso difícil, mi mente regresa a hace once años. A aquella niña de doce años con coletas despeinadas y brackets en los dientes que desapareció una tarde de octubre. Ha pasado mucho tiempo y sigo siendo la policía que no pudo encontrarla, la hermana mayor que le falló cuando más la necesitaba.

—Está bien. Acepto el caso, señor Drake. Pero quiero que comprenda algo. Si encuentro respuestas, quizá podrían no gustarle —le advierto antes de colgar.

Cuando lo buscas en Google, Silver Peaks parece el típico lugar que es demasiado perfecto. Casas bien arregladas, todo limpio, sin un mísero grafiti. Joder, dudo hasta que las carreteras tengan

baches. O el alcalde contrató a algún tipo de mago o han arreglado con Photoshop cada una de las fotografías.

Pero, de inmediato, las cosas se ponen interesantes.

Las Merriweather. Una de esas familias que no quieres encontrarte en el lado equivocado de tu investigación.

Cuatro hermanas. Harper Merriweather, la directora del imperio familiar, aparece en decenas de artículos de Forbes y Business Week. Parece el tipo de mujer que podría meterte en la cárcel con tan solo mirarte. Y posiblemente, pueda hacerlo. River Merriweather, ha pasado de ser la rompe corazones oficial que cambiaba de novia cada semana, a estar felizmente casada con una tal Anika Ramsey, empresaria tecnológica. Acaba de recibir una estrella Michelín para su restaurante a 3000 metros de altura. Sloane Merriweather, medallista olímpica retirada, ahora directora de la escuela de esquí.

Y luego está Ivy.

Ivy Merriweather me observa a través de una fotografía que han tomado en algún evento benéfico. Pelo castaño oscuro recogido en un moño elegante, mirada inteligente y una sonrisa educada que no revela lo que de verdad piensa. "Ivy Merriweather, presidenta de la Sociedad Histórica de Silver Peaks," dice el pie de foto.

Gemela, pero no idéntica, de Sloane. En su perfil de LinkedIn parece más una profesora universitaria que una millonaria. Licenciada magna cum laude en Historia, doctora especializada en Preservación del Patrimonio histórico. Múltiples publicaciones

académicas sobre la historia de los pueblos mineros que seguramente no escribió ella.

Y, curiosamente, soltera.

—Perfecto —murmuro para mí misma—. Una historiadora local con acceso a todo tipo de registros y conocimiento de la zona.

Pero trabajar con los típicos lugareños que quieren preservar la historia local siempre conlleva riesgos. Y si viene de una de las familias más ricas del país, mucho peor. Si Eileen Drake resultase estar conectada con Silver Peaks de algún modo que pueda ser peligroso para las Merriweather, podrían convertirse en un obstáculo insalvable.

La vivienda que alquilo en Maple Street está frente a la plaza principal del pueblo. Es una casita victoriana pintada de azul claro con contraventanas blancas y un porche que cruje cada vez que lo pisas. En el anuncio la llamaban "chalet", pero eso es exagerar mucho.

Agnes Murphy, la propietaria, me recibe con un plato de galletas caseras y un interrogatorio disfrazado de hospitalidad.

—¿Así que es usted escritora de viajes? ¡Debe ser muy emocionante! —exclama, juntando las palmas de las manos como si estuviese muy contenta—. ¿Para qué revista?

—Hago trabajo independiente —respondo, forzando una sonrisa e intentando mantener la compostura—. Me especializo en pueblos pequeños con una historia interesante. Silver Peaks parece perfecto.

—Oh, claro que tenemos historia. Las Merriweather están haciendo un gran trabajo para conservarla. ¿Conoce a las chicas? Son todas unas preciosidades.

—He leído algo sobre ellas —suspiro.

Agnes asiente entusiasmada y junta las palmas de nuevo.

—Ivy es mi favorita, aunque no se lo diga a las demás si llega a hablar con ellas. Esa chica conoce cada piedra de este pueblo. Si quiere historias para su artículo, ella es la persona adecuada.

—¿Dónde podría encontrarla? —inquiero, aprovechando la situación.

—Suele pasar las tardes en la oficina de la Sociedad Histórica, ahí mismo, en la plaza —anuncia, señalando con el dedo hacia una pequeña oficina—. Cierra sobre las cinco, pero siempre se queda hasta más tarde organizando archivos y esas cosas.

A las cinco, el cielo ha cambiado ya de color, pasando de gris a violeta, y la temperatura es tan baja dentro de la casa que debo ponerme un abrigo. Y, sin embargo, Silver Peaks parece cobrar vida a esta hora. Las farolas se encienden, la gente se saluda amablemente al salir de sus trabajos y varios niños patinan en una pequeña pista cerca de la plaza.

A las seis, una mujer de cabello castaño oscuro sale de la oficina de la Sociedad Histórica.

Ivy Merriweather.

Pego la frente al cristal y mi corazón se salta varios latidos. No suelo ponerme nerviosa en un trabajo de vigilancia, pero verla en

carne y hueso se siente de algún modo diferente. Quizá porque los perfiles que mantiene en las redes sociales son los únicos que parecen auténticos de las cuatro hermanas.

Me quedo observando mientras camina por la plaza. Saluda a un hombre que pasea con un perro, se agacha para decirle algo a una niña de unos cinco años. Se mueve como si conociese cada detalle de este lugar y todo el mundo parece conocerla a ella.

Mañana tendré que acercarme a esa mujer. Tendré que encontrar el modo de ganar su confianza, de convencerla de que me ayude sin revelar por qué estoy realmente aquí. Tendré que mentir, tendré que manipular, que jugar con las emociones de alguien que, por todo lo que sé hasta ahora sobre ella, parece ser una buena persona.

CAPÍTULO 2

Ivy

Siempre organizo mis mañanas por colores. Amarillo para lo que está en proceso, azul “archivar para más tarde", y rojo para las cosas urgentes.

El rojo de hoy es una caja de cartón repleta de fotografías sueltas. Huele como casi todos los archivos que alguien encuentra de pronto en un granero o en algún desván a la hora de hacer la mudanza. Polvo, humedad, quizá un toque de pis de gato.

Esta caja contiene un auténtico tesoro. Imágenes de Silver Peaks en todo su esplendor minero, cuando el pueblo aún creía que la plata que se escondía en las entrañas de estas montañas, duraría para siempre.

Una calle polvorienta, flanqueada por edificios de madera. Una barbería, una escuela pequeña. Hay mujeres con faldas largas hasta el suelo. Algunas miran directamente a la cámara, otras parecen sorprendidas por el destello del viejo flash.

Ninguna sonríe.

En el fondo, las montañas se alzan como si fuesen testigos silenciosos de la vida de esa época. Imperturbables. Majestuosas.

Saco la siguiente. Está tomada frente a la boca de una mina. Cuatro hombres posan con palas y picos, cubiertos de polvo. Uno lleva una lámpara de carburo colgada del cinturón. Sus rostros curtidos, las manos enormes. Gente que se ganaba la vida cada día a fuerza de sudor y trabajo.

Hay también otra imagen, más pequeña. Una niña, no debe tener más de siete años. Está sentada sobre una roca, con un perro a su lado. El vestido le queda muy grande, seguramente heredado de alguna de sus hermanas. Lleva el cabello recogido en una trenza suelta. Siento que me mira de vuelta, como si hace más de un siglo supiese que un día yo abriría esta caja.

Estas imágenes no son solo fotos. Son fragmentos de una vida que no conocí, pero que ahora me toca custodiar. La historia de Silver Peaks.

—Otra vez esa mujer —mascullo entre dientes, apartando un mechón de pelo de mi cara y colocándolo detrás de la oreja mientras miro por la ventana.

Pelo oscuro recogido en una cola de caballo práctica, cámara cara colgada del cuello, libreta en la mano. Se detiene frente a la panadería de los Morrison, anota algo, levanta la cámara. Clic. Se mueve hacia la ferretería de Jim Arlaucas. Escribe algo. Clic.

No es su comportamiento lo que me molesta. Silver Peaks recibe turistas de continuo, de eso vivimos. Lo que de verdad me inquieta es la precisión en cada gesto. La forma en que lo mira todo como si buscase algo en particular. Como si esperase encontrar algún tipo de respuesta.

Mi móvil vibra de pronto.

—Tía Ivy, ¿puedes venir temprano a cenar? —cuando se emociona, mi sobrina Lumi grita tanto que debo separar el teléfono para que no me reviente el oído—. Mamá dice que River va a hacer esa cosa con las vieiras que tanto nos gusta.

—¿Vieiras a la plancha con mantequilla de ajo?

—Sí, eso. Y van a venir los gemelos. Será divertido.

No puedo evitar sonreír. Esa niña tiene demasiada energía.

—Dile a mamá que estaré allí a las seis y media —le aseguro antes de colgar.

Miro de nuevo por la ventana. La extraña ya no está.

***

El comedor del ático de Harper huele esta noche a mantequilla derretida mientras los niños intentan hacer trampas a River jugando a un videojuego. Julie llega tarde, como siempre.

—¿Has notado algo raro en el pueblo últimamente? —pregunta al pasar a mi lado.

—¿Qué tipo de raro?

—Una mujer estuvo ayer en mi taller. Dijo que era escritora de viajes, pero hizo muchísimas preguntas —admite, frunciendo el ceño—. No estaba interesada en las técnicas de soplado de vidrio, sino, más bien, en familias que vivieron en Silver Peaks y luego se marcharon. Lo que más me extrañó es la exactitud de las fechas. Quiere información de hace 18 años.

—¿De qué habláis? —pregunta Anika, dejando una bandeja de vieiras en el centro de la mesa—. Porque si es de trabajo, ya sabéis que está prohibido.

—De esa mujer misteriosa que lleva días rondando por el pueblo —respondo, pinchando una vieira antes incluso de sentarnos en la mesa.

Mi hermana gemela suelta una carcajada.

—Ya estamos con las teorías conspirativas —bromea, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—No son teorías, idiota. La he estado observando.

—Quizá sea una inspectora de Hacienda que está aquí para investigar a Harper —bromea River, ganándose una mirada asesina de nuestra hermana mayor.

—¿De qué clase de comportamiento sospechoso estamos hablando exactamente? —inquiere Anika.

—Lleva tres días fotografiando el pueblo. Lo apunta todo en un bloc de notas. Y según Julie, hace preguntas muy específicas sobre familias que dejaron Silver Peaks en una época muy concreta. Hace dieciocho años.

—Es una escritora de viajes —aclara Harper con esa voz que utiliza cuando quiere dar por cerrado algún tema—. Probablemente esté preparando un artículo sobre Silver Peaks. Tarde o temprano contactará con nuestro departamento de prensa.

—¿Y si no es eso? —insisto—. ¿Y si está investigando algo más?

—¿Como qué? —interrumpe Esme.

—No lo sé.

—No todo el mundo que visita Silver Peaks es una espía.

—Nunca he dicho que fuese una espía. Ya sé que no lo es —me quejo.

—Sigo pensando que son los de Hacienda investigando a Harper —insiste River, haciéndonos reír a todas.

Nuestra hermana mayor suspira y se masajea las sienes.

Por suerte, la conversación deriva pronto hacia los planes de boda de Sloane y Esme para el verano. Fechas, flores, la eterna discusión sobre si celebrarlo en el resort o al aire libre. Pero yo apenas escucho. Mi mente sigue dándole vueltas a la misteriosa mujer que merodea por el pueblo sacando fotografías.

El día siguiente amanece con una de esas nevadas que consiguen que Silver Peaks parezca un pueblo de cuento de hadas. Conduzco uno de los Jeeps del hotel hacia el centro del pueblo y, nada más bajarme, la veo. Está parada justo delante de la puerta de la Sociedad Histórica como si me estuviese esperando.

De cerca es mucho más guapa.

—¿Ivy Merriweather? —su voz es grave, con un ligero acento que no consigo ubicar.

Asiento con la cabeza y ella se acerca a mí con pequeños pasos.

—Soy Marlo Bergeron, escritora de viajes —saluda, extendiendo la mano.

Su apretón de manos es firme, profesional. Quizá dura algo más de lo que sería socialmente aceptable.

—Me han dicho que eres la persona que más sabe sobre la historia de Silver Peaks —continúa, dibujando una sonrisa en los

labios que seguramente está ensayada frente al espejo—. Me preguntaba si podrías ayudarme con algunos datos para el artículo que estoy preparando.

—Creo que lo de la persona que más sabe es ser demasiado optimista, pero bueno. ¿De qué tipo de artículo hablamos? —pregunto con cautela, sacando las llaves del bolso.

—Pueblos de montaña mineros que han sabido adaptarse a los tiempos modernos. Sobre todo, los que han logrado mantener su identidad a pesar del turismo. Silver Peaks parece el caso perfecto —explica, esbozando de nuevo esa sonrisa que me parece algo falsa.

—No sé si sabes que las últimas minas de plata de estas montañas se cerraron alrededor de 1940 —interrumpo, alzando las cejas.

—Sí, sí, por supuesto —creo que intenta disimular—. Me interesa especialmente conocer la evolución demográfica del pueblo años más tarde del cierre de las minas. Familias que han vivido aquí durante generaciones, pero también gente que se ha marchado a lo largo de los años. Quiero basar el artículo en cómo un lugar como este pasa de ser un pueblo minero a un lugar turístico, cómo se adapta la gente.

Ahí está. La misma línea de preguntas que mencionó Julie.

—¿Alguna razón particular para ese enfoque?

—Los pueblos pequeños tienen historias fascinantes sobre la gente que se queda y también la que se va. —Mierda, su sonrisa es perfecta, incluso si es falsa—. Conocer sus razones me ayuda a comprender la personalidad de un lugar —añade.

Parece estudiarme durante unos instantes, creo que ha detectado que no me siento cómoda con sus preguntas y cambia de tema hacia algo neutral.

—La hora del campanario, ¿por qué va cinco minutos adelantada? —pregunta, haciéndome reír.

—Empezó como una broma en los años sesenta. Es la hora de Silver Peaks, así conseguimos que la gente no llegue tarde —le explico.

No vuelve a sacar el tema de las personas que se han marchado del pueblo y la conversación fluye de manera natural, como si nos conociésemos desde hace años. Si esconde algo, es buena. Muy buena.

O yo soy demasiado tonta por dejarme hipnotizar por esa sonrisa, que también es posible.

CAPÍTULO 3

Marlo

Llego pronto, pero Ivy está ya dentro del café, enfrascada en la lectura de un libro de un grosor que parece pensado tan solo para impresionar.

Está sentada con la espalda hacia la chimenea y el olor a leña quemada es lo primero que notas al abrir la puerta. En una esquina, un enorme gato duerme panza arriba como si fuese el dueño del local.

El café es todo lo que esperarías de un pueblo como Silver Peaks, un lugar que se niega a perder su encanto: mesas de madera gastada, paredes forradas de fotos de otra época en blanco y negro, y una pizarra con los diferentes tipos de cafés, escritos en una letra que podría haber salido de Pinterest. Sobre la chimenea, un enorme cartel tallado en madera: "No tenemos WiFi, pero la conexión humana es excelente".

Al verme, me hace una seña para que me siente frente a ella y, mientras la camarera prepara mi café, me permito observarla con más detenimiento. Tiene una pequeña cicatriz en la barbilla, casi imperceptible, y unas diminutas pecas que cruzan el puente de la nariz. Sus manos rodean la taza como si quisiese robar todo el calor. Lleva las uñas cortas, sin pintar, pero perfectamente cuidadas.

—Bueno —interrumpe, quizá dándose cuenta de que la miro con demasiada curiosidad—. ¿Qué otros pueblos de montaña has visitado para tu artículo? ¿Alguno parecido a Silver Peaks?

La pregunta me pilla por sorpresa. Debería haberla preparado mejor. Ahí va mi primera mentira del día.

—He visitado unos cuantos, sobre todo en Vermont —improviso—. Pero Silver Peaks tiene algo especial que no sabría describir. Esa combinación de autenticidad y desarrollo turístico no es fácil de conseguir.

—Mi familia ha tenido que aprender a equilibrar las tradiciones del pueblo con las necesidades económicas del resort —responde casi de inmediato, como si fuese una frase ya preparada que ha recitado miles de veces.

—Debe ser complicado. Quiero decir, mantener la esencia de un lugar y al mismo tiempo permitir que evolucione.

—Mucho —suspira y sus ojos se iluminan ligeramente—. La mayor parte de los pueblos con mucho potencial turístico cometen uno de dos errores: o se convierten en parques temáticos falsos para los visitantes, o se resisten tanto al cambio que acaban muriendo por falta de medios económicos.

—¿Y cómo lo habéis conseguido en este lugar? —inquiero, bebiendo un sorbo de mi café.

—Mucha negociación familiar, supongo —se ríe, y al hacerlo se le forman unos hoyuelos a ambos lados de la boca que me distraen demasiado—. Harper, mi hermana mayor, tiene mucha visión para los negocios, pero, a veces, necesita que alguien le

recuerde que no todo se puede medir en términos económicos. Ahí es donde entro yo.

—La voz de la conciencia histórica.

—Sí, algo así, supongo —admite, encogiéndose de hombros —. Aunque mis hermanas dirían que soy más bien la pesada que está obsesionada con las tradiciones. Suerte que cuento con la ayuda de Julie, mi cuñada.

Vuelve a reír. Otra vez esos hoyuelos junto con una sonrisa perfecta.

Mierda, va a ser difícil recordar que debo aprovecharme de su buena fe.

—Cuéntame algo sobre los cambios demográficos en el pueblo —propongo, intentando llevarla hacia el tema que me interesa—. En este tipo de lugares siempre hay historias fascinantes sobre quién se queda y quién se va.

Su expresión se vuelve de pronto cautelosa.

—Mucha gente se ha ido a lo largo de los años. Y otros han llegado para quedarse —responde sin dar detalles.

—¿Tú te fuiste alguna vez?

Ni siquiera sé por qué se lo pregunto.

—Para estudiar. Pero supongo que siempre supe que volvería. Como dice Harper, este lugar es mágico. Desde pequeña, he visitado las mejores estaciones de esquí del mundo y ninguna se compara con Silver Peaks. No es la mejor, ni la más grande. Tampoco es por la calidad de la nieve. Simplemente, es especial.

—Imagino que los archivos de la Sociedad Histórica deben estar muy completos con alguien como tú —dejo caer, tratando de parecer casual.

—Tenemos una colección bastante completa. Periódicos locales, actas del ayuntamiento, fotografías... Muchas familias nos hacen llegar ese tipo de cosas cuando las encuentran por casa, al ver que ahora nos lo tomamos en serio. No siempre fue así —se detiene de pronto—. ¿Por qué? ¿Te interesaría verlos?

—Me encantaría —respondo de manera quizá demasiado precipitada—. Si no es demasiada molestia, claro. Los datos de primera mano siempre hacen que los artículos sean mucho más auténticos —me apresuro a añadir.

Algo cruza por su cara, demasiado rápido como para interpretarlo.

—Podemos ir ahora, si quieres. Estamos haciendo un esfuerzo para digitalizarlo todo, pero todavía tenemos mucho en formato físico —explica.

Termino mi café de un trago y me levanto, pero ella no se mueve, como si todavía no se creyese del todo mi coartada.

—Marlo —murmura—. ¿Puedo preguntarte algo?

Mi pulso se acelera.

—Claro.

—¿Qué es lo que realmente buscas aquí? ¿De verdad estás escribiendo un artículo?

La pregunta es directa, sin rodeos. Me estudia con una intensidad que me recuerda a los interrogatorios cuando era policía.

Pero esta vez soy yo la que está siendo interrogada.

—Tan solo busco historias interesantes para mi artículo —respondo, manteniendo el contacto visual. Es una técnica que aprendí hace años: si vas a mentir, hazlo mirando a los ojos, no escondas la mirada. Es mucho más creíble.

No parece convencida del todo, pero accede a llevarme a ver esos archivos.

Caminar por el centro de Silver Peaks al atardecer es como moverse por una postal navideña que cobra vida a cada paso que das.

Ivy saluda por su nombre a todas las personas con las que nos cruzamos. La dependienta de la floristería le grita algo sobre unos bulbos que ha encargado. Un hombre mayor con un golden retriever se detiene para preguntarle algo sobre la próxima reunión de la Sociedad Histórica. Dos adolescentes la saludan con la mano mientras pasan.

—¿Conoces a todo el mundo? —pregunto extrañada.

—Es un pueblo pequeño. Y casi todas las familias tienen a alguien que trabaja de algún modo para las Merriweather —añade, encogiéndose de hombros, como si pretendiese disculparse—. A veces es una bendición, otras, es todo lo contrario. Es difícil tener privacidad cuando todo el mundo te conoce.

Mientras caminamos, no puedo evitar darme cuenta de cómo se mueve por las calles con la confianza de alguien que pertenece completamente a este lugar. Cuando ve a un gato callejero muy delgado, frunce el ceño y apunta algo en su teléfono móvil.

Es como si fuese la guardiana no oficial del pueblo.

Chicago nunca me ha hecho sentir así. Incluso tras haber vivido allí toda mi vida, muchas veces me siento una visitante más. Ivy es la imagen de lo que significa el espíritu de pertenencia a un lugar.

Y eso consigue que mi engaño duela más.

—¿Estás bien? —pregunta al notar que de pronto me he quedado callada.

—Sí, es solo que... es un pueblo precioso. Se nota que lo cuidas mucho.

—Todos lo hacemos. Es lo que pasa en sitios como este: o te involucras o te sientes invisible.

—¿Y tú nunca te has sentido invisible?

Al escuchar mi comentario, se detiene en seco y me clava la mirada, como si la pregunta la hubiese sorprendido.

—A veces —admite con un suspiro—. Supongo que en tu investigación sobre Silver Peaks te has topado con bastante información sobre mi familia. Es inevitable. Mis hermanas siempre han acaparado toda la atención. Harper con los negocios, River con su antigua fama de rompecorazones y por su talento en la cocina, Sloane con su medalla olímpica. Yo solo soy la hermana que se encarga de recordar de dónde viene todo esto, la que intenta que todas mantengamos los pies en la tierra.

—Eso es importante.

—Supongo. Aunque no genere titulares.

En su despacho de la Sociedad Histórica, la pared está llena de fotos familiares. Docenas de ellas. Las cuatro hermanas Merriweather en diferentes épocas de sus vidas. En una, todas están vestidas para algún evento formal. Harper mantiene un gesto serio, casi profesional, a pesar de tener poco más de veinte años. River dibuja en sus labios una sonrisa traviesa, desviando la mirada hacia una camarera que también sonríe, aunque con timidez. Sloane lleva el pelo recogido en una coleta, sus brazos bien definidos por cientos de horas de entrenamiento.

Y luego está Ivy.

Está preciosa. No solo guapa. Brilla. Pero se mantiene en un segundo plano.

—¿Marlo?

—Perdón, me distraje con las fotos. Tu familia parece muy unida —añado para disimular.

—La mayor parte del tiempo, sí —confiesa, aunque su sonrisa me indica que sabía exactamente qué foto estaba mirando.

Mierda. Esto no debería estar pasando. No debería sentir este cosquilleo en la parte baja del vientre cada vez que sonríe. No debería estar imaginando cómo sería hacerla reír. Reír de verdad, no algo educado. Hablar de todo y de nada antes de irnos a dormir.

Estoy aquí por trabajo. Estoy aquí para encontrar el pasado de una mujer. Un pasado que lleva borrado dieciocho años, no para enamorarme de una millonaria con la que no tengo la más mínima oportunidad. Joder, es una Merriweather, por el amor del cielo. La gente como ella no se fija en una ex policía reconvertida en investigadora privada.

CAPÍTULO 4

Ivy

Marlo Bergeron lleva tres días mintiendo como una auténtica profesional.

Lo sé porque la he estado observando. Cada mañana aparece en la Sociedad Histórica con esa sonrisa perfecta y su libreta, fingiendo que busca información para su artículo. Pero no parece buscar una historia. Busca evidencias de algún tipo.

Y de un año en concreto. Hace ahora justamente dieciocho años. Una fecha que las hermanas Merriweather recordamos demasiado bien.

Hace uso de los archivos digitales, pero es en el papel en quien confía. Registros inalterables, imposibles de hackear o modificar. Más que una periodista, parece una policía, pero sin placa. Al menos, de momento.

Cuando se quita la chaqueta, esa camisa blanca se ajusta a su cuerpo de un modo que no debería notar. Y cada vez que se muerde el labio inferior para pensar o sus ojos se iluminan cuando encuentra alguna información útil, siento un cosquilleo en la parte baja del vientre que prefiero no analizar.

Porque, por muy atractiva que me parezca, sé que está jugando conmigo. Y eso no me gusta.

—¿Encuentras algo útil? —pregunto, acercándome a su mesa con dos tazas de café.

Da un pequeño respingo y, a continuación, cierra la tapa de su ordenador portátil con más velocidad de lo que sería normal.

—Si estás buscando algún tipo de extorsión sobre el alcalde, no creo que lo encuentres. Mi familia no pone esas cosas por escrito —bromeo para romper el hielo.

Simplemente, sonríe y acepta su taza de café, pero no vuelve a abrir el ordenador.

—¿Por qué centras toda tu investigación en una época muy concreta? —insisto.

—Es una época como otra cualquiera y…

—Un año en el que no ocurrió nada importante en el pueblo.

—Quizá sigo una metodología distinta a otros escritores de viajes —responde, tratando de desviar la pregunta.

—O quizá no quieres decirme la verdad, Marlo Bergeron de quien no aparece ningún artículo escrito en ninguna revista ni periódico —contraataco, clavándole la mirada.

Se queda callada durante un breve instante. Trata de disimular, pero sus mejillas se han coloreado de un ligerísimo rosa que la hace parecer aún más atractiva.

—¿No se te ha ocurrido que puedo estar usando un seudónimo?

—¿Y a ti no se te ha ocurrido que no me gusta que me mientan a la cara? —respondo, bajando el tono de voz hasta convertirlo en nada más que un susurro.

Creo que ha funcionado.

Recoge sus cosas y sale por la puerta sin ni siquiera decir adiós.

**

Esa noche, el bar del hotel está más lleno de lo habitual. Los huéspedes se arremolinan alrededor de la barra de roble macizo, con sus copas de vino tinto y cócteles artesanales, mientras el fuego crepita en la chimenea central.

Y ahí está ella.

No esperaba verla aquí.

Está sentada en uno de los taburetes del fondo, cerca de la chimenea, con un whisky solo y esa jodida libreta en la mano.

—Buenas noches, Marlo. ¿Celebrando un día productivo de investigación? —saludo, sentándome frente a ella, sin esperar a ser invitada—. O debería decir ex detective Marlo Bergeron, ahora investigadora privada en Chicago.

Levanta la vista, sorprendida, y por un segundo, veo algo que se parece al pánico cruzar brevemente por su rostro.

—Ivy. ¿Cómo… cómo…?

—Debes pensar que soy imbécil o algo así —bufo—. No sé, al menos podías haber utilizado otro nombre para venir al pueblo. ¿En serio no te han enseñado a mentir mejor? En las películas siempre lo hacen, lo de utilizar un nombre falso, quiero decir.

—¿Dónde quieres llegar, Ivy? —pregunta, dejando escapar un largo suspiro.

—Quiero saber qué es lo que pretendes descubrir y por qué es tan importante como para mentir sobre ello —exijo, haciendo una seña al camarero para que me sirva una copa de vino.

Marlo se lo piensa un instante, está claro que no le ha hecho gracia que se sepa la verdad, pero tampoco parece especialmente preocupada. Si lo está, al menos lo disimula muy bien.

Está a punto de responder cuando una voz familiar nos interrumpe.

—Joder, River, estoy ocupada en estos momentos —protesto, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—¿Esta es la famosa escritora de viajes falsa? —pregunta mi hermana, como si toda la historia le hiciese mucha gracia—. ¿Ya sabemos lo que es? ¿Espía internacional? ¿Inspectora de Hacienda?

—Detective privado —murmuro.

—Uuuhh —bromea River—. Suena interesante, ¿puedo sentarme con vosotras? Soy River Merriweather, por cierto —añade, estirando la mano para saludarla.

—Lo sé —responde Marlo sin perder la compostura.

—Ah, claro, detective privado, supongo que nos has investigado bien.

—No es nada personal, te lo aseguro. Solo parte de mi trabajo. No es que sea muy difícil encontrar información sobre vosotras de todos modos. Al menos, información genérica —matiza.

—Vale, pues te voy a proponer una cosa —expone River sin perder la sonrisa—. Habla claro de una vez. Dinos exactamente lo que buscas y quizá podamos ayudarte. De lo contrario, lo tendrás muy difícil para conseguir cualquier tipo de información en Silver Peaks. A este pueblo no le gusta que le investiguen. Y a las Merriweather, mucho menos —concluye, haciéndome un gesto para que abandone la mesa junto a ella.

CAPÍTULO 5

Marlo

No parecía enfadada. Al menos, no del todo. Más bien, decepcionada. Ha decidido que soy una amenaza hasta que se demuestre lo contrario. Mentir nunca ha sido mi fuerte, a pesar de que, en algunas ocasiones, debo hacerlo. Pero he trabajado en casos mucho peores, y la mayoría pagaban menos.

Necesito pensar.

Y necesito hacerlo lejos de Ivy Merriweather.

El encuentro en el bar ha cambiado las reglas por completo. No sé si para bien o para mal. Al menos, ya no debo fingir ser una persona que no soy y eso es casi un alivio.

A la entrada del pueblo, me detengo en una curva y respiro el olor a leña quemada. Es un lugar hermoso. Casi demasiado perfecto. Lástima que, seguramente, las hermanas Merriweather estarán tramando mi ruina profesional en estos momentos.

Y el problema real no es Ivy, son los datos. Esas fechas que cuadran imposiblemente bien. Los números que he intentado no hacer desde que llegué. Los mismos números que estoy demasiado segura de que Ivy ya sospecha.

Mi libreta empieza a estar llena de anotaciones, pero todas me llevan en la misma dirección. Observo lo último que garabateé antes de que Ivy me interrumpiese. ¿¿¿Eileen Drake = Elizabeth Merriweather???

Sé que es de novatos sacar conclusiones precipitadas, pero con el tiempo, llegas a desarrollar una intuición para este tipo de cosas. Saco el teléfono móvil, observo la única foto que tengo de Eileen Drake y la comparo con las de la madre de las Merriweather antes de que se marchase del pueblo, abandonando a sus hijas y a su marido, para no volver más.

Han pasado muchos años y el accidente fue brutal. Parte del rostro de Eileen está quemado. Pero es la misma estructura ósea. La línea de la mandíbula, la forma de los ojos. Incluso el modo en que sonríe, como si guardase un secreto.

Y la única persona que puede ayudarme a descubrirlo es la mujer a la que he estado engañando durante casi una semana.

Mierda.

Al llegar a la casa que tengo alquilada en el centro del pueblo, me dejo caer en el sofá y escribo un mensaje.

Yo: Necesitamos hablar. En persona. Terreno neutral.

Por un momento, imagino qué pasaría si mi intuición acaba siendo verdad. En el mejor de los casos, resolvería el misterio de la amnesia de mi cliente, le devolvería una madre a cuatro hermanas que creyeron haberla perdido para siempre. Mejoraría la condición económica de Eileen de una manera exponencial.

En el peor de los casos… Un millón de maneras posibles de romper un pueblo, una familia… a Ivy. Porque hay demasiadas piezas que no encajan y hace dieciocho años, alguien se tomó muchas molestias para que la mujer del accidente no fuese identificada.

He vivido ya ambas situaciones antes, y sé cuál de ellas no me dejará dormir por las noches.

Si Ivy responde, le contaré la verdad. O, al menos, la parte que necesita saber.

Si no lo hace, significa que ella misma ya ha resuelto el puzzle, y que le toca hacer el siguiente movimiento.

La respuesta llega en menos de un minuto:

Ivy: Timber Trail Café. Carretera 12 hacia el norte. Mañana a las 11. Te envío la ubicación. Más vale que tengas una explicación muy buena.

El café está a veinte minutos en coche de Silver Peaks. Lo suficientemente lejos como para tener privacidad, pero lo bastante cerca como para que Ivy no sienta que la estoy secuestrando.

Es justo lo que esperaba. Un local pequeño y acogedor, con poca gente y con unas maravillosas vistas a las montañas. El tipo de ambiente que invita a mantener una conversación larga y tranquila. Cuando entro, Ivy ya está allí, sentada en una mesa junto a la ventana, con una taza de café frente a ella y una expresión que podría matarme con la mirada.

Está preciosa.

Y absolutamente furiosa.

—Tienes exactamente diez minutos para darme una explicación que me convenza —advierte sin ningún tipo de preámbulos —. Después, me voy y no vuelves a acercarte ni a mí ni a mi familia.

—En primer lugar, me gustaría decir que lo siento y…

—Quiero explicaciones, no disculpas —me corta de manera brusca, levantando la mano.

Respiro hondo. Es ahora o nunca.

—Vale, estoy investigando el caso de una mujer que perdió la memoria en un accidente de coche hace dieciocho años. No recuerda nada de su vida anterior, pero hace poco vio un anuncio de Silver Peaks en la televisión y... y le provocó recuerdos. Flashes de imágenes que no consigue explicar.

Al escuchar mis palabras, Ivy tensa los dedos alrededor de la taza.

—¿Y crees que vivió aquí?

—No lo sé —admito, encogiéndome de hombros.

—¿Para qué hablar conmigo? ¿Por qué no has hablado con la oficina del sheriff? —insiste.

—Lo intenté. Básicamente, me echaron de allí.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotras? Porque tengo claro que has prestado mucha atención a cualquier cosa relacionada con mi familia.

—Creo que nada —miento, porque todavía no estoy preparada para soltarle toda la verdad—. Simplemente, el médico de esa mujer cree que Silver Peaks podría haber sido parte de su

pasado. Mi trabajo es intentar reconstruir la vida que ha perdido antes de los últimos dieciocho años. Nada más.

—Dieciocho años —repite lentamente.

—Sí.

—¿Puedo saber cómo se llama tu cliente?

—Eileen. Aunque realmente no sabe su verdadero nombre y…

No termino la frase porque Ivy se ha puesto completamente pálida. La taza tiembla en sus manos y por un momento creo que se va a desmayar.

—¿Estás bien?

—Joder —murmura, dejando la taza en la mesa con un ruido seco—. Joder, joder, joder.

Esconde el rostro entre las manos y respira de manera errática. Cuando me mira de nuevo, sus ojos se han humedecido.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunta con voz ronca.

—Ivy...

—¿Qué aspecto tiene, joder? —grita, haciendo que las pocas personas del café se giren hacia nosotras para ver lo que ocurre—. Enséñame una jodida foto.

—Sabes que no puedo hacerlo. Es totalmente confidencial —me disculpo, bajando la voz.

Le doy tiempo para que se calme mientras pido otra ronda de café para ambas. Cuando regreso, tiene los ojos llorosos, pero repletos de determinación.

—Mi madre desapareció hace justo dieciocho años —suspira —. Pero supongo que eso ya lo sabes.

—En ningún momento he dicho que fuese tu madre o que lo sospeche, simplemente trato de cerrar todas las posibilidades. Preferí no comentarte nada porque no sabía si...

—¿Está bien? —me interrumpe—. Tu cliente. ¿Está bien ahora? ¿Le han quedado secuelas de ese accidente?

—Físicamente, sí, está bien. Le ha quedado alguna secuela, pero hace vida completamente normal. Se casó y es feliz. Aun así, la pérdida de memoria es completa. No recuerda nada. Por eso…

—¿Qué necesitas de mí? —interrumpe de nuevo.

—Información. Cualquier detalle que pueda ayudar.

—¿Y si es mi madre, después qué? ¿La traes de vuelta? ¿La sacas de su familia actual y la traes de regreso tras dieciocho años esperando?

Su voz está cargada de dolor, pero también hay esperanza y sé que lo que le voy a decir la destrozará.

—Ivy, tienes que entender algo. Lo primero, hay muy pocas posibilidades de que sea tu madre, prácticamente ninguna. Lo segundo, aún en el caso de que lo sea, no recuerda que tenía una familia. Su marido actual me contrató porque esa mujer está sufriendo, porque los fragmentos de recuerdos la atormentan. Pero mi trabajo no es encontrar a su familia perdida, suponiendo que tuviese una familia.

—Tengo condiciones —exige cuando termino de hablar.

—Te escucho.

—Quiero estar presente en todas las conversaciones importantes. Si decides contactar con mis hermanas, lo hacemos juntas. Y si decides traerla de vuelta, quiero estar ahí.

—Ivy...

—Y también quiero conocerla. A Eileen. Antes de que sepas si es realmente mi madre o no, quiero verla yo misma —añade.

Es una petición imposible. Mi cliente pagó por una discreción total. Pero observando la mirada de Ivy, viendo esa mezcla entre esperanza y terror en sus ojos, sé que no puedo negarme.

—Está bien, acepto —resoplo.

**

De vuelta a la casa que tengo alquilada, intento centrarme en el trabajo, pero no puedo dejar de pensar en Ivy.

Sé que no debería hacerlo. No solo podría ser la hija de mi cliente, sino que, en cualquier caso, es una millonaria que probablemente está acostumbrada a salir con mujeres que dirigen empresas tecnológicas o galerías de arte.

No es para alguien como yo.

Aun así, tras la ducha, ni siquiera me molesto en ponerme el pijama. Me tiro en la cama desnuda, el aire fresco de la habitación refrescando mi piel. Mis pezones se endurecen al sentir el frío, deslizo la punta de mis dedos entre ellos, imaginando que son las manos de Ivy las que me acarician.

En mi fantasía, susurra mi nombre mientras muerde mi barbilla. Deslizo las manos por mi piel como si fuesen las suyas. Acaricio mis costillas, la curva de mi cintura, las caderas y, cuando

mis dedos se deslizan por el calor húmedo entre mis piernas, gimo su nombre en voz baja.

No hay diferencias de clase. No hay casos por resolver. Somos tan solo dos mujeres que se desean, su lengua en mi sexo, llevándome al clímax con una facilidad asombrosa.

Es rápido, brutal. Tan intenso que debo morderme los nudillos para no gritar.

La satisfacción es breve.

La realidad dura más.

Me recuerdo a mí misma que es solo un trabajo. Que puedo mantener mi corazón fuera de esto. Que no cruzaré esa línea.

Pero quizá ya lo he hecho, aunque ella no lo sabrá nunca.

Ivy Merriweather es un límite marcado en rojo. Es una complicación con letras mayúsculas. Es el tipo de mujer que podría destrozarme la vida si la dejo entrar, porque sé que para ella tan solo seré un pasatiempo temporal.

Pero mientras me quedo dormida esa noche, en lo último que pienso es en aquella sonrisa tímida que esbozó cuando acepté sus condiciones.

Y en lo mucho que quiero volver a verla.

CAPÍTULO 6

Ivy

—Y en esta zona se celebraba el antiguo Festival de verano de Silver Peaks —le explico cuando llegamos a un gran claro entre pinos, casi en el extremo de los terrenos del hotel—. Junto con el Festival de Navidad, era el evento más importante del año.

—¿Tu familia participaba?

—Mi padre era el patrocinador principal, así que sí. De pequeñas, nunca tuvimos una paga, ni nada parecido. Si queríamos tener dinero para gastar, necesitábamos trabajar en algo, aunque fuese una tontería.

—¿Lo dices en serio? —inquiere, alzando las cejas con sorpresa.

—Totalmente en serio. Harper nunca tenía dinero, pasaba demasiado tiempo siguiendo a Julie, sin atreverse a decirle que le gustaba. Quizá por eso es ahora tan ahorradora. River era la que más ganaba, pasaba muchas horas ayudando en la cocina, pero luego se lo gastaba todo invitando a sus novias. Y Sloane y yo… hacíamos lo que podíamos.

—Me cuesta creer que a las Merriweather os faltase dinero en algún momento —bromea.

—No nos faltaba en el sentido estricto de la palabra, pero mi padre nos hacía luchar por ello. No tengo buenos recuerdos de él, aunque creo que es lo mejor que hizo por nosotras. Nos enseñó el valor de las cosas.

—¿Sigues pensando que mi cliente puede ser tu madre? —suelta de pronto, tras sacar una fotografía a unos árboles.

—No —suspiro—. Lo he meditado mucho y supongo que no. Mi madre estaba harta, necesitaba escapar, ser libre. Yo creo que, en algún momento, mi padre le entregó una gran suma de dinero a cambio de que mantuviese un perfil bajo y así evitar escándalos. Seguramente, vive por todo lo alto en alguna isla del Caribe o en el sur de España. Le gustaba el sur de España —reconozco con una sonrisa.

—Si te hace sentir mejor, solo en el año en que se marchó tu madre, se fueron también otras treinta y siete personas de Silver Peaks. Todos de manera voluntaria. Y no hay ninguna prueba de que mi cliente haya vivido alguna vez aquí. Posiblemente, pasó una temporada, quizá de vacaciones, y por eso conserva los recuerdos —explica, acariciando mi brazo izquierdo con una suavidad que me hace temblar.

—Sigo sin saber nada sobre tu cliente —protesto, cruzándome de brazos.

—Tengo protocolos de confidencialidad.

—A la mierda los protocolos de confidencialidad, Marlo. Solo dime una cosa. ¿Cómo es posible que alguien tenga un accidente de tráfico en el que casi muere y la policía no logra identificarla? Joder,

que hablamos de hace dieciocho años, había bases de datos y esas cosas.

—Hasta ahí también llegamos las demás, ¿sabes? —ironiza.

—Joder, Marlo. Ya sé que lo habrás investigado, por eso te lo pregunto. Es que… no sé, simplemente es muy raro —insisto.

—Lo es —suspira—. En eso coincidimos. Fue una combinación de circunstancias. Nadie denunció una desaparición que coincidiese con las características de mi cliente. Todo indica que quizá no tenía familia. Además, y esto es lo más raro, aparentemente no llevaba ningún tipo de documentación encima y los datos del vehículo, simplemente desaparecieron. No hubo caso que investigar, todos los esfuerzos se dedicaron a salvar su vida. De cara a la policía, no había nada.

—¿Podríamos hacer una prueba de ADN? —propongo.

—¿Y compararla contigo o con quién? ¿Para qué, Ivy? No voy a hacer pasar por eso a mi cliente a no ser que tenga una prueba razonable de que pueda haber algún tipo de conexión. Una vez que se abre la caja de Pandora, ya no hay vuelta atrás. Ni para mi cliente ni para nadie. No le voy a dar falsas esperanzas si no tengo unas probabilidades muy altas de conseguir algo. Y me acabas de decir que estás convencida de que tu madre está en el Caribe o en el sur de España, ¿no? Pues no le des más vueltas. Entiendo que eras prácticamente una niña cuando se marchó y que es normal que sigas teniendo una conexión emocional con tu madre a pesar de que se fue de manera voluntaria. Déjalo, ¿vale? Es lo mejor —insiste, colocando una mano en mi cintura y dedicándome una sonrisa que consigue que mis piernas tiemblen.

—Tienes razón —confieso, dejando escapar un largo suspiro, aunque puede ser simplemente porque esa mano permanece en mi cintura mucho más de lo que sería habitual.

—¿Tu familia no vivía aquí entonces? —pregunta, intentando regresar a un terreno seguro.

—Teníamos una casa en Denver, y mi padre dirigía los negocios desde allí. Aun así, cada verano veníamos a Silver Peaks durante dos meses. A veces también en Navidades —explico—. Aquí era donde mi madre se sentía más... más libre. Como si pudiese respirar por primera vez en todo el año. Los eventos sociales la agobiaban un poco. Bueno, y no te puedes imaginar lo pesada que se ponía Harper con pasar tiempo en Silver Peaks.

—¿Y ahora vivís todas en este lugar?

—Todas. Yo fui la última en mudarme. Todavía paso temporadas en Suiza, en un pequeño hotel que tenemos allí.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De haber venido a Silver Peaks. De estar siempre a la sombra de tus hermanas —suelta de pronto, dejándome momentáneamente sin palabras.

—¿De qué coño hablas? ¿Qué te hace pensar que estoy a la sombra de nadie? —protesto, poniendo los brazos en jarra y alzando la voz.

—Vale, vale. Era solo una observación —se disculpa, alzando las manos como si no tuviese intención de discutir.

—Pues observa menos y pregunta más, si quieres que te ayude —replico—. Yo elegí venir a Silver Peaks. Elegí ser la presidenta de la Sociedad Histórica del pueblo y preservar su memoria. No tienes ni idea de lo que hablas —gruño, dándole la espalda enfadada.

—Me gustan las mujeres con genio —bromea, caminando detrás de mí.

El comentario me desarma por completo. No sé si es gilipollas o intenta ligar. Siempre fui muy mala para este tipo de cosas. River seguramente podría detectarlo con una sola mirada, pero a mí nunca me funcionó el radar.

Pero antes de que pueda responder, veo algo que consigue que mi corazón se salte varios latidos. Es un tronco caído, medio cubierto por la maleza, pero uno que reconozco demasiado bien.

—Joder, no me lo puedo creer —suspiro, intentando enderezarlo.

Marlo frunce el ceño sin entender nada, pero me ayuda a limpiar la nieve y las hojas que cubren su superficie y a ponerlo en pie. Y allí sigue lo que esperaba encontrar.

Harper 10 años

River 9 años

Sloane 7 años

Ivy 7 años

Un poco por encima, más marcas.

Harper 12 años

River 11 años

Sloane 9 años casi alcanzando a River

Ivy 9 años. Unos centímetros por debajo.

—Mi madre nos solía medir en este tronco todos los veranos. Había otro también, quizá esté por aquí cerca. Ya no lo recordaba —admito con una sonrisa tonta en los labios.

Más arriba, la última marca:

Harper 17 años

River 16 años

Sloane 14 años

Ivy 14 años

—Mi madre se marchó al día siguiente. Insistió mucho en que viniésemos a medirnos como cuando éramos más pequeñas. No volvimos a verla más —recuerdo, secando con la palma de la mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

La imagen regresa a mi memoria con una claridad demasiado dolorosa. Mi madre junto al tronco, con una navaja pequeña en la mano, discutiendo con River, que no quería medirse. Más tarde, Sloane la provocaba porque era medio centímetro más alta que ella. Esa tarde fui feliz. Verdaderamente feliz. Tenía la sensación de que la vida era perfecta y que siempre seguiría así.

Y al día siguiente… ya no tenía madre.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Marlo, acariciando mi espalda.

—Perdona, es que hacía mucho que no veía este tronco y me trae demasiados recuerdos —confieso, terminando de secarme las lágrimas.

Trato de recomponerme y, de pronto, Marlo me abraza.

Es un abrazo perfecto. Uno de esos que dice; apenas nos conocemos, pero estoy aquí si necesitas llorar en mi hombro.

Y llorar es lo que hago.

Sollozo abrazada a una desconocida mientras demasiados recuerdos se agolpan en mi mente sin ningún control.

CAPÍTULO 7

Marlo

—Joder —mascullo entre dientes, apartando un mechón de pelo de la cara mientras comparo por enésima vez una imagen granulada del festival de verano de hace veinte años con la foto que Daniel Drake me envió ayer por correo electrónico.

Eileen Drake sonríe mirando a la pantalla. Puede que haya envejecido, puede que las quemaduras hayan disimulado en parte sus rasgos, pero no puede ocultar la estructura ósea.

Elizabeth Merriweather se parece demasiado a ella. Es una realidad que me estoy negando a admitir tan solo por no hacer daño a Ivy.

El teléfono móvil vibra, devolviéndome a la realidad.

—Marlo, soy Daniel —escucho al otro lado de la línea—. Eileen ha tenido otra crisis esta noche. Apenas hemos podido dormir. Esta vez fue muy diferente. Estaba aterrada. No paraba de repetir "las niñas, las niñas". ¿Hay algún modo de acelerar la investigación? —inquiere, y su voz suena hoy agotada, totalmente desesperada.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes antes de responder.

—Estoy avanzando. Dame unos días más, ¿vale? En cuanto tenga algo definitivo, serás el primero en saberlo, pero con un caso

como este, no podemos dar pasos en falso porque eso implica un sufrimiento innecesario —le explico, tratando de que tenga un poco de paciencia.

—Entonces, ¿has encontrado algo? ¿Alguna pista?

Su pregunta me atraviesa como si fuese una daga en el corazón. Porque sí, he encontrado algo. No puedo estar segura todavía, pero el instinto me dice que he encontrado exactamente lo que no quería encontrar.

—Todavía no puedo confirmarte nada. Pero te prometo que, en cuanto tenga datos sólidos, te llamo. Ten un poco de paciencia, por favor —insisto.

En cuanto cuelgo el teléfono, me quedo mirando las fotos esparcidas por la mesa. En una de ellas, Elizabeth Merriweather sostiene en brazos a una niña de pelo castaño que no puede tener más de tres años. Las dos ríen mientras construyen algo en la nieve. Detrás de ellas, las montañas de Silver Peaks se alzan enormes.

La niña es Ivy. De eso estoy completamente segura.

Y la mujer que la abraza es mi cliente.

Recojo las fotografías de manera apresurada y las guardo en una carpeta color crema. No puedo seguir mirándolas. No puedo seguir observando esa felicidad que un día tuvieron y al mismo tiempo saber que si mis sospechas se confirman, será como un choque de trenes.

Tres golpes suaves en la puerta me sacan de mis pensamientos de manera abrupta y me devuelven a la realidad.

Escondo la carpeta bajo una pila de papeles y cierro el portátil de un golpe.

—¿Marlo? Soy Ivy. ¿Puedo entrar?

—Sí, pasa. La puerta está abierta —grito, tratando de que mi voz suene lo más normal posible.

Cuando entra, lo primero que noto es el aroma de algo delicioso.

—Pensé que podría venirte bien algo de comida. Anoche, River cocinó demasiado cordero —explica, colocando la bolsa sobre la mesa.

Su pelo castaño cae en ondas sueltas sobre los hombros, y lleva un jersey de cuello cisne blanco que resalta sus ojos. Cada vez que se mueve, deja tras ella un leve rastro de su perfume: algo fresco y cítrico que me recuerda a los primeros días de la primavera.

—No era necesario que te molestases —le agradezco, apartando la pila de papeles para abrir la bolsa de comida.

—No es ninguna molestia. Ni siquiera lo he cocinado yo, solo lo he traído. Que todas las molestias sean así —bromea.

Las palabras salen hoy de sus labios con una naturalidad que me desarma. Hay algo en la forma en que lo dice, en la calidez de su sonrisa, que consigue que se me acelere el pulso.

—Tortilla de patatas con trufa —anuncia, destapando el primer recipiente—. Y cordero cocinado a baja temperatura. La primera receta era de mi madre, cocinaba muy bien, fue quien enseñó a River al principio.

Tan solo la mención de su madre consigue que se me forme un nudo en el estómago.

—Huele fantástico —admito, tratando de disimular.

—River añade un toque de pimentón ahumado que no es tradicional, pero que está buenísimo —continúa, sirviendo dos platos —. Siempre recuerda que mi madre solía preparar esta tortilla los domingos por la mañana y que toda la casa olía a patatas fritas en aceite de oliva virgen antes de que nos levantásemos.

—¿Tú la recuerdas cocinando? —pregunto, odiándome por continuar con el tema.

—Solo fragmentos —suspira, encogiéndose de hombros—. Nunca presté mucha atención mientras lo hacía. Era River quien pasaba más tiempo con ella. Siempre pensamos que era la que guardaba un mayor parecido. Ojalá hubiese pasado más tiempo con mi madre. Tuvo que haberlo pasado muy mal para estar dispuesta a marcharse y ninguna de las hermanas nos dimos cuenta. Si hubiese prestado más atención, quizá… —añade, desviando la mirada hacia la ventana para que no vea que sus ojos se han llenado de lágrimas.

—Estabas en plena adolescencia —le recuerdo—. Bastante tendrías con entenderte a ti misma.

—¿Tienes hermanos? —pregunta de pronto.

—Tenía una hermana pequeña.

—¿Tenías?

—Desapareció cuando tenía doce años. Nunca la encontré —admito, sintiendo esa punzada de dolor que aparece siempre junto a su recuerdo.

—Joder, Marlo. Lo siento muchísimo —suspira, inclinándose para abrazarme.

—Es la razón por la que me dedico a esto. A buscar a gente desaparecida. Cada caso que resuelvo es... es como si encontrase un pequeño trozo de ella. Como un homenaje a su memoria.

—Pero este caso es diferente, ¿no? Esa mujer no ha desaparecido, solo sus recuerdos.

Niego con la cabeza, aunque la respuesta es más complicada.

—Todo el mundo merece saber de dónde viene.

—¿Incluso si la verdad duele?

—Especialmente si la verdad duele —admito, asintiendo lentamente con la cabeza.

—¿Sabes? Nunca entendí por qué mi madre se marchó —continúa, doblando y desdoblando el borde de la servilleta entre sus dedos—. Quiero decir, sé que mi padre podía ser... difícil. Muy difícil. Era exigente, controlador. Pero nosotras la adorábamos. Éramos cuatro adolescentes que la necesitábamos.

Su voz se quiebra ligeramente y no puedo evitar extender la mano para acariciar la parte baja de su espalda mientras ella se apoya contra mi cuerpo.

—Tuvo que haber algo más —susurra—. Algo que no sabemos. Porque una madre no abandona a sus hijas sin una razón desesperada, ¿no?

—Quizá nunca llegues a saber la verdad —siseo contra su pelo y, por un instante, creo que he cruzado una línea, aunque a Ivy no parece importarle demasiado—. A veces, la gente desaparece y

no hay una explicación coherente. Otras veces, es mejor no saber el motivo y vivir en la ignorancia.

—No puedo aceptar eso —replica, enderezándose para mirarme a los ojos—. He pasado dieciocho años preguntándome qué hice mal, qué hicimos mal. Por qué no fuimos lo suficientemente importantes para ella como para que se quedase.

Quiero decir algo que le ayude. Lo que sea, pero no se me ocurre nada, tan solo un simple "lo siento".

—Quería darte las gracias —dice de pronto, dibujando una sonrisa preciosa en sus labios.

—¿Por qué?

—Por lo de ayer. Por dejarme llorar en tu hombro junto al tronco donde mi madre nos medía —explica, encogiéndose de hombros y ruborizándose ligeramente—. No suelo hacer ese tipo de cosas, ¿sabes? No con desconocidas, al menos.

—Empiezo a no ser una desconocida —respondo antes de darme cuenta de lo que he dicho.

Entorna los ojos y vuelve a ofrecerme esa sonrisa rayando en la timidez que me vuelve absolutamente loca.

—No, supongo que no. Pero normalmente soy... soy más reservada, ¿sabes? Mis hermanas siempre dicen que soy la que escucha los problemas de los demás, pero nunca comparte los suyos.

—A veces es bueno llorar en el hombro de alguien —le recuerdo, cogiendo una de sus manos entre las mías.

—¿Sabes lo que más me duele? —inquiere, acercándose lentamente hacia mí—. Que mis hermanas parecen haber seguido adelante. Harper tiene a Julie y a Lumi. River tiene a Anika. Sloane tiene a Esme y los niños. Todas han encontrado su lugar, su familia. Y yo... yo sigo aquí, aferrándome a la historia de un pueblo y a los recuerdos de mi madre.

—Ivy, eso no es verdad...

—Sí lo es —me corta, acercándose ahora tanto a mí que sus labios se quedan a centímetros de los míos—. Y, es raro, ¿sabes? Contigo, no me siento invisible. No me siento como la hermana que se quedó atascada en el pasado.

—No lo eres —suspiro, demasiado consciente de que mi corazón se ha acelerado.

—Marlo, necesito preguntarte una cosa. Es importante para mí.

—¿Qué?

—¿Sientes algo? —pregunta, clavándome la mirada y bajando la voz hasta convertirla en nada más que un susurro, mientras se acerca tanto ahora que puedo sentir su aliento en mis labios—. Porque anoche lo estuve pensando y siento... siento que cada vez que me miras, hay algo más. Y necesito dejarlo claro.

Mierda. Mi corazón se acelera tanto que estoy segura de que puede escucharlo.

—Ivy yo...

—Solo dime la verdad.

No me da tiempo a responder. Ni siquiera creo que espere una respuesta, al menos no con palabras, porque rodea mi cuello con la mano y me acaricia con el dedo pulgar antes de besarme.

Es un beso tierno, casi pidiendo permiso, repleto de incertidumbre. Maravilloso.

Un beso que puede complicarme la vida de un millón de maneras.

Cuando se separa, apoyo mi frente contra la suya, la punta de su nariz rozando la mía.

—Joder —suspira, dejando escapar una risa nerviosa—. Eso ha sido...

—Demasiado perfecto —termino por ella.

Nos quedamos así un momento, respirando el mismo aire, con sus manos aún acariciando mis mejillas y siento de pronto el peso de todo lo que le estoy ocultando.

—Ivy, hay algo que necesito decirte... —comienzo, buscando en mi mente las palabras adecuadas para no hacerle mucho daño ni crear demasiadas expectativas.

—¿Qué es eso? —pregunta de pronto, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Su mirada se desvía hacia la mesa, hacia la pila de papeles que esconde la carpeta y la señala con el dedo.

—Esa carpeta de color crema que intentas esconder desde que llegué —insiste.

—Es… No es nada importante...

—Marlo —su voz cambia, se vuelve mucho más fría—. ¿Qué hay en esa carpeta?

—Ivy, por favor...

Pero ya es demasiado tarde. Estira el brazo y coge la carpeta antes de que pueda detenerla. La abre, y puedo ver el momento exacto en el que todo su mundo se desmorona.

CAPÍTULO 8

Ivy

Las fotografías se derraman sobre la mesa como si fuesen naipes de un juego macabro.

Mi madre en el festival de verano. Mi madre con una niña pequeña en brazos. Mi madre riendo junto a las montañas de Silver Peaks. Esta mujer tiene más fotos de mi propia madre que yo misma.

Y al lado de ellas, la imagen de una mujer con el rostro parcialmente quemado. Los mismos ojos. La misma sonrisa. La misma barbilla.

Su nombre: Eileen Drake.

—Joder —susurro, temblando mientras sujeto una de las fotografías—. Joder, joder, joder.

Es de hace mucho tiempo. Aparezco junto a ella, construyendo un muñeco de nieve. Yo no creo que tenga más de cuatro años. Recuerdo que me gustaba mucho aquel abrigo rojo, tenía una capucha con orejas de oso.

De pronto, los recuerdos ya olvidados de ese día se agolpan en mi mente. El olor a chocolate caliente de la cafetería. Esa noche,

cuando me acostó, besó mi frente y me dijo que había sido un día perfecto.

Y ahora resulta que ella está en Chicago. Que lleva dieciocho años sin recordar nada, mientras nosotras pensábamos que nos había abandonado.

—Ivy, no hagas ninguna tontería, por favor. Puedo explicarte... —comienza Marlo a mi lado, aunque escucho su voz como si viniese de lejos.

—¿Explicarme? ¿Qué coño quieres explicarme?

Ni siquiera grito, aunque tengo ganas de hacerlo. Me faltan fuerzas. Estoy en shock, pero siento un torrente de ira creciendo en mi interior más grande de lo que jamás he sentido.

—¿Quieres explicarme que te acabo de decir lo que sentía por ti, mientras tú llevas días mintiéndome? ¿Utilizándome para investigar a mi propia madre?

Cojo otra fotografía de la mesa. Está en la cocina de nuestra casa de Suiza, con un delantal blanco y las manos llenas de harina. River está a su lado, también con las manos manchadas. Las dos sonríen mientras amasan el pan.

River ha estado buscando a nuestra madre en cada receta. Cada uno de sus platos era un homenaje a la mujer que le enseñó a cocinar.

—No podemos estar seguras de que sea realmente tu madre —intenta justificarse, pero no hay justificación posible.

—¡Mentira! —chillo, dándome la vuelta para mirarla—. ¡Mírame a los ojos y dime que no lo sabías!

Puedo ver el sentimiento de culpa escrito en cada línea de su rostro. La forma en que aprieta los labios, cómo sus manos tiemblan ligeramente. Lo sabía. Joder, claro que lo sabía. Y siguió fingiendo.

—Lo sospechaba —admite al fin—. Pero no estaba segura... Todavía no puedo estar segura.

—¿Cuándo? —la interrumpo, sintiendo cómo cada palabra que sale de mi boca está cargada de odio—. ¿Cuándo empezaste a sospechar que era mi madre?

Vacila.

Seguramente está calculando qué mentira me hará menos daño, qué versión de la realidad podré soportar sin desmoronarme.

—El segundo día que estuve contigo en los archivos —admite con un suspiro.

Las lágrimas ruedan libres por mis mejillas, pero no es tristeza lo que siento. Es traición pura, reflejada en cada gota salada que rueda por mi piel hasta llegar a mis labios.

—El segundo día —repito, aunque mi voz suena extraña, como si fuese otra persona la que habla—. Así que cuando ayer lloré en tu hombro por mi madre, ya sabías que estaba viviendo en Chicago.

El silencio que sigue es ensordecedor. Puedo escuchar el tic-tac del reloj de la pared, el ruido sordo de mi corazón latiendo demasiado rápido, el sonido de todo mi mundo mientras se desmorona.

—Ivy...

—¡Déjame en paz, joder! —exijo, alzando la voz y apartándola de un manotazo.

Me dejo caer hacia atrás sobre el sofá, escondiendo mi rostro entre las manos.

—¿Sabes? Pensé que te importaba —susurro, odiando lo rota que suena mi voz—. Pensé que esto era real. Hace tan solo un rato, lo único que quería es hacer el amor contigo en este mismo sillón. Ahora no quiero verte nunca más.

—Ivy. Lo de hace un rato era real. Lo sigue siendo, pero tengo protocolos de confidencialidad que seguir.

—¡Vete a la mierda con tus protocolos! —chillo, poniéndome de pie y sintiendo que mi corazón se rompe en mil pedazos—. ¡Estás hablando de mi madre, joder!

Me quedo de pie entre recuerdos destrozados, respirando tan fuerte como si hubiese corrido una maratón. Comienzo a sudar, como si de pronto esta casa se hubiese vuelto demasiado pequeña.

—Dame la dirección —exijo cuando consigo por fin controlar mi respiración lo suficiente para hablar.

—Ivy...

—Da igual. ¿Cuánto crees que tardaré en encontrarla? Una sola llamada y en menos de cinco minutos tengo su dirección exacta. En menos de media hora tendré un jet privado en el aeropuerto esperando para viajar a Chicago.

—Ivy, por favor. No hagas ninguna tontería. Esa mujer, incluso suponiendo que sea tu madre, no recuerda nada. No sabe que un día tuvo una familia. Se volverá loca si de pronto os presentáis allí

las cuatro hermanas. Y luego está el tema de la prensa. No sois una familia cualquiera, joder. Sois las Merriweather, su casa se llenará de fotógrafos. Le harás mucho daño —insiste.

—¿Es feliz?

La pregunta sale de mis labios antes de poder detenerla, porque a pesar de toda la ira que siento en estos instantes, necesito saber si mi madre está bien. Si ha sido feliz durante estos últimos años sin nosotras.

—Sí, ha sido feliz. Tiene un marido que la quiere mucho. El único problema son los recuerdos que están empezando a aflorar y que no comprende. Los médicos necesitan conocer la fuente de esos recuerdos para poder ayudarla.

—La llevaremos al mejor hospital. Harper está en el Consejo de Administración del Watson Memorial en Nueva York y…

—No se trata de dinero, Ivy —interrumpe—. Por favor, escúchame. Lo primero de todo es saber si de verdad es tu madre y, en caso de que lo sea, debemos ir muy poco a poco. La destrozarás si te precipitas. No hagas ninguna tontería, te lo suplico. Entiendo si no quieres volver a verme en toda tu vida, pero, si no tienes cuidado, vas a hacer muchísimo daño a Eileen.

Me agacho y recojo una de las fotografías del suelo. Es una imagen de mi madre conmigo en brazos. Debo tener unos tres años. Creo que fue la primera vez que vinimos a Silver Peaks de vacaciones y ella me mira como si fuese lo más precioso del mundo. Como si no pudiese imaginar un lugar mejor en el que vivir.

Cierro los ojos y la aprieto contra mi pecho. Mi madre está en Chicago.

—Ivy, lo siento, pero necesito estar completamente segura —repite, tratando de acercarse a mí con cautela.

—¿Segura de qué?

Giro sobre mis talones y me dirijo a la puerta. Necesito salir de aquí. Necesito respirar. Necesito estar lejos de esta mujer que solo me ha mentido.

—Ivy, espera. Por favor...

—¡Déjame en paz de una puta vez, Marlo! —chillo, cogiendo el abrigo del perchero.

—No hagas ninguna estupidez. Piensa en tu madre...

—Mi madre es asunto mío. Y de mis hermanas. No tuyo, por mucho que sea tu cliente —espeto antes de salir a la calle con un portazo.

CAPÍTULO 9

Ivy

La pantalla de mi ordenador muestra decenas de ventanas abiertas con todo tipo de búsquedas que no me conducen a nada. "Accidentes de tráfico sin resolver". "Amnesia retrógrada; causas y tratamientos". "Identificación de víctimas sin documentación". "Cómo desaparecer sin dejar rastro".

Joder, cuanto más leo, menos sentido tiene todo.

—¿Cómo es posible? —mascullo entre dientes, deslizando la punta de los dedos por una fotografía de mi madre el último verano que pasamos juntas—. ¿Cómo es posible que nadie te identificase en ese accidente?

En la imagen, está sentada en la cocina de la casa que solíamos alquilar en Silver Peaks, con River a su lado, preparando un asado. Las dos se ríen por algo que ha dicho mi hermana.

El teléfono móvil vibra con un mensaje de Harper.

—Joder —suspiro, dándome cuenta de que me he perdido la cena familiar.

Se me había olvidado por completo. Los miércoles por la noche en el ático de Harper, son sagrados para la familia

Merriweather. Nunca, jamás, nos perdemos una cena familiar, salvo que estemos muy lejos de Silver Peaks.

Excepto hoy.

Descuelgo antes de que salte el buzón de voz.

—Ivy, ¿dónde coño estás? —Harper va directa al grano, como siempre—. Lumi no deja de preguntar por ti, ha preparado junto a River esa tarta de chocolate que tanto te gusta, y tú has desaparecido del mapa. Al menos, podías responder a las llamadas. ¿Te encuentras bien?

Trato de explicarle que estoy perfectamente, que tan solo se me ha echado el tiempo encima pensando en otras cosas, pero no cuela.

—¡Déjala, estará en la cama con esa escritora de viajes falsa que hace tantas preguntas! —escucho decir a mi hermana River—. ¡Pásalo bien con ella! —añade.

—Es complicado —respondo sin más. Prefiero no negarlo, pero tampoco mentir. Al menos me da una salida.

—¿Qué tipo de complicado? ¿Tiene razón River? ¿En serio? ¿No podías esperar a mañana?

—Tengo que colgar, Harper —anuncio.

—¿Seguro que estás bien?

Trago saliva y respondo con un monosílabo. No quiero dar explicaciones en estos momentos. No tengo la cabeza ni el ánimo para nada que no sea tirarme en la cama y dejar pasar la noche en un estúpido intento de que todo se arregle al día siguiente como por arte de magia.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el teléfono como una idiota. Mañana tendré que explicarles a mis hermanas, anunciar que es posible que nuestra madre no nos abandonase como habíamos creído. Que, al parecer, tuvo un accidente, perdió la memoria, y durante dieciocho años hemos estado injustamente enfadadas con la persona equivocada.

¿Pero… y si no es cierto? ¿Y si son tan solo fantasías de una hija que nunca pudo aceptar que su madre prefiriese marcharse antes que quedarse con nosotras? Joder, estaba en plena adolescencia, descubriendo que no me gustaba ninguno de los chicos de los que hablaban mis amigas y, en cambio, me fijaba demasiado en una de ellas. Al final, entre River y Harper terminaron haciendo el papel de madres, porque con mi padre ni siquiera se podía hablar.

Sin apenas darme cuenta, abro uno de los álbumes familiares que tengo sobre la mesa. Es de cuando éramos pequeñas, antes de que la empresa familiar creciese tanto. Cuando papá todavía no se había vuelto un gilipollas.

En una de las páginas hay una foto de mi madre enseñándome a hacer una trenza a Sloane. Debemos tener unos seis años, y estoy sentada entre sus piernas mientras ella sostiene el pelo de mi hermana gemela.

¿Cómo pudo una madre tan cariñosa abandonar a sus hijas pocos años más tarde?

El móvil vuelve a sonar. Esta vez es un mensaje de River.

River: espero que te lo estés pasando muy bien. Si es eso, vale, aprovecha. Si no estás bien y necesitas hablar, llámame a la

hora que sea, por favor. Sabes que puedes contar conmigo.

Coloco el teléfono bocabajo sobre la mesa y regreso a las fotografías, pero los párpados empiezan a pesar demasiado.

Son casi las doce de la noche y no he conseguido procesar nada. Solo tengo más preguntas que cuando empecé y la cabeza a punto de explotar.

Necesito aire fresco.

Necesito salir de esta habitación que empieza a agobiarme.

**

El mirador de Eagle's Point está a quince minutos en coche del resort, por una carretera estrecha que sube por la montaña hasta un pequeño aparcamiento con vistas a todo el valle de Silver Peaks.

Es mi lugar.

El sitio al que voy cuando necesito estar sola, cuando ser una Merriweather se vuelve un fardo demasiado pesado. Empecé a hacerlo en cuanto saqué el carnet de conducir, cuando necesitaba recordar que existía un mundo más allá de las expectativas familiares.

Aparco el Jeep y salgo. El aire helado me golpea el rostro como una bofetada, pero es exactamente lo que necesito.

Hasta que la veo.

—Joder —gruño, pegando un manotazo en el capó del coche —. ¿Qué coño haces aquí? ¿Me has estado siguiendo?

—No sabía que el puto mirador fuese propiedad privada de las Merriweather y solo pudieses venir tú —protesta Marlo,

chasqueando la lengua con desprecio.

—Es mi sitio favorito para estar sola —replico como si eso me diese algún derecho sobre ella—. Vengo aquí desde que era una cría.

—Ya, bueno, pues no pienso marcharme, así que no estarás sola o te tendrás que ir a otro sitio —bufa—. No te preocupes, no tengo ningún interés en hablar contigo. Supongo que ya se lo habrás contado a tus hermanas y mañana le arruinaréis la vida a esa pobre mujer.

—No.

—¿No?

—No les he dicho nada —suspiro, desviando la mirada hacia Marlo, que me observa extrañada.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque no entiendo nada. Llevo desde que me marché de tu casa tratando de darle algún sentido a todo esto y no lo encuentro. Todavía no sé por qué mi madre se fue, por qué mi padre no la buscó, por qué nadie la identificó… Joder, hasta me he leído un montón de artículos médicos sobre la amnesia retrógrada y sigo sin creerme que pueda ser verdad.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo entiendo. Tengo mis teorías, pero tu padre tenía medios de sobra para haberla encontrado. Eso, suponiendo que… —baja la mirada y se detiene antes de decir lo que yo también estoy pensando.

—Suponiendo que mi padre no haya estado involucrado de algún modo —termino la frase por ella.

—Sí, algo así.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Con la mirada fija en las luces que iluminan Silver Peaks a lo lejos, hasta que Marlo rompe el silencio.

—Te dejo a solas. Piensa en lo que te dije y no os plantéis las cuatro hermanas mañana en Chicago. Sé que no vas a hacerme caso, pero al menos, habla con un especialista antes de enfrentar a esa mujer con una verdad de la que no recuerda nada de nada.

—No te vayas, por favor —suplico y las palabras salen de mi garganta antes de que pueda pensar lo que estoy diciendo.

—¿Qué?

—Debo preguntarte algo —admito con miedo—. En tus investigaciones has… ¿has descubierto algo más que no me estés contando? ¿Algo relacionado con mi padre? ¿Algo que nosotras no sepamos?

—Ivy, estás especulando...

—¿Lo estoy? —camino hacia ella con cautela, casi temblando, empezando a procesar unos pensamientos que me destrozan—. Quizá estoy empezando a ver las cosas como de verdad fueron.

—Tu padre no era muy buena persona, que digamos. Al menos es lo que he encontrado hasta ahora, pero supongo que eso ya lo sabes. Aun así, de ahí a pensar que pudo estar involucrado… Requeriría mucha más investigación y mi prioridad es dar un sentido a los años perdidos de mi cliente, no encontrar a un culpable. Lo siento —se disculpa, encogiéndose de hombros.

—Durante dieciocho años, mis hermanas y yo hemos cargado con la culpa de no haber sido suficiente para que mi madre se quedase. ¿Y si resulta que mi padre fue la causa de todo? ¿Y si sabía exactamente lo que había ocurrido y simplemente decidió que era mucho más conveniente pintarla a ella como la villana de la película?

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, pero esta vez no las limpio.

—Marlo, ¿sabes cuántas noches pasé despierta preguntándome qué había hecho mal? ¿Cuántas veces River dejó de cocinar porque le recordaba demasiado a mamá? ¿Cuántas veces Sloane se machacó entrenando para tratar de olvidar?

—Ivy...

—Y Harper. Joder, Harper se convirtió en una máquina de trabajo porque alguien tenía que mantener unida a la familia. Tenía dieciocho años, Marlo. Dieciocho años y tuvo que convertirse en la madre de tres hermanas menores porque la nuestra había desaparecido y mi padre era incapaz de querer a nadie —añado, sintiendo cómo mi voz se quiebra al admitir esta última parte.

—Ivy, lo siento, pero mi investigación no se centra en eso —me recuerda.

—Si resulta que mi padre sabía que tuvo un accidente, que perdió la memoria, y simplemente decidió no contárselo a nadie... Si sabía que estaba en Chicago con otra identidad… No podré perdonárselo nunca. Ni siquiera muerto.

Marlo se acerca a mí lentamente, como si pretendiese no asustarme, como si fuese un animal herido que puede salir corriendo colina abajo en cualquier momento.

—¿Sabes por qué me dedico a esto? —pregunta bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro, mientras acaricia mi espalda—. ¿Por qué me especialicé en casos de personas desaparecidas?

—Por lo que le pasó a tu hermana.

—En gran parte, sí, pero no es solo por eso —continúa, situándose frente a mí y colocando dos dedos en mi barbilla para que la mire—. Fue porque todos los investigadores privados que contrataron mis padres cuando ella desapareció nos dieron falsas esperanzas. Porque, para algunos, su desaparición era solo una especie de puzzle en el que no importaban los sentimientos de la familia o lo que una niña de doce años pudiese estar sufriendo en esos momentos. Cuando empecé, me prometí a mí misma que no sería como esos tipos. Que iría paso a paso, juntando con cuidado cada pieza, sin olvidarme nunca de los sentimientos de las personas involucradas.

—¿Y por eso me mentiste?

—Te mentí porque ni siquiera ahora estoy segura. Porque una vez que dices en voz alta que alguien puede ser la madre perdida de una familia, ya no puedes volver atrás. Se crean unas expectativas enormes. Y si te equivocas...

—Si te equivocas, destrozas a todo el mundo —termino por ella.

—Exacto. Por eso necesito que confíes en mí. Por eso necesito que hagamos esto bien, ¿vale? ¿Lo harás? —inquiere, colocando con suavidad una mano en mi cadera.

—Me gustaría poder confiar en ti con otra cosa —siseo, arrepintiéndome casi de inmediato de lo que acabo de decir.

—Esa parte, la parte del beso, es totalmente cierta. Nunca utilizaría algo así para acercarme a ti y sacarte información. Espero que puedas creerme. Y quiero que sepas otra cosa. Eileen es mi cliente, pero, tanto si es tu madre como si no lo es… estoy a tu lado si lo necesitas —añade con un guiño de ojo antes de girar sobre sus talones y dejarme sola en el mirador.

CAPÍTULO 10

Marlo

A la mañana siguiente, el teléfono pesa en mi mano como si estuviese hecho de plomo.

Llevo media hora dando vueltas en mi cabeza a las palabras exactas que quiero decir. Aun así, sé que en cuanto Eileen Drake descuelgue esa llamada, todos mis planes saltarán por los aires y tendré que improvisar sobre la marcha.

Una vez que haga esa llamada, no habrá vuelta atrás.

—Lo has hecho muchas veces antes —me recuerdo a mí misma, aunque sé que no es del todo cierto. Ahora no se trata tan solo de mi cliente, quizá se trate de la madre de la mujer de la que me estoy enamorando.

El reloj de la pared marca las 10:15. Es ahora o nunca.

—¿Marlo? —la voz de Daniel Drake al otro lado de la línea suena preocupada—. ¿Has encontrado algo?

—Necesito hablar con Eileen. Es importante —anuncio, prefiriendo hablarlo directamente con ella.

—¿Con Eileen? Pero si tú nunca... Siempre hablas conmigo.

—Lo sé. Pero ha surgido algo en la investigación y necesito su permiso para seguir adelante —le informo, tratando de sonar lo más

firme que puedo.

Por unos instantes, tan solo escucho silencio al otro lado de la línea.

—Está bien. Déjame que vaya a buscarla. Estaba leyendo una novela en el salón.

Escucho el sonido de sus pasos al alejarse. A continuación, una conversación en voz baja y el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que van a poder escucharlo a través del teléfono.

—¿Marlo? —pregunta Eileen, extrañada—. Daniel dice que necesitas hablar conmigo.

—Sí —suspiro—. Primero, quiero que sepas que creo que he encontrado algo. Algo importante sobre tu pasado.

—Oh. —su respiración se vuelve de pronto más superficial—. ¿Qué has encontrado? —inquiere con preocupación.

—He estado en Silver Peaks, en Montana. Y creo... creo que es muy posible que hayas vivido allí. Antes del accidente. Por eso tienes esos recuerdos fragmentados —explico con precaución, esperando a ver su reacción antes de seguir adelante.

Silencio.

Tan solo puedo escuchar su respiración irregular.

—Las montañas —murmura al fin—. Siempre sueño con montañas nevadas. Y una plaza con un campanario que va cinco minutos adelantado.

Se me pone la carne de gallina con ese último comentario.

—Sí. Exactamente eso.

—¿Y? ¿Qué necesitas de mí?

—He conocido allí a una mujer. Conoce muy bien la historia del pueblo. Y creo... creo que es posible que tú y ella estéis —mierda, ni siquiera sé cómo decírselo sin que se le pare el corazón—. Que estéis de algún modo conectadas. Que quizá, antes del accidente, fueses parte de su familia.

El silencio se alarga demasiado, tanto que empiezo a tener sospechas de que le ha pasado algo.

—¿Eileen? ¿Estás ahí? —pregunto alarmada.

—Sí. Sí, estoy aquí. Solo estoy... procesando lo que me dices. Es… es demasiado.

Prefiero no desvelar que todavía no hemos empezado.

—Necesitaría tu permiso para seguir adelante. Piénsalo bien, por favor, no es algo que debas decidir ahora mismo. Es algo muy importante y entiendo si quieres tomarte unos días para procesarlo, incluso si prefieres detener la investigación. Yo seguiré en Silver Peaks unos días más. No voy a añadir esos gastos a mis honorarios, prefiero que tomes esa decisión bien meditada.

—¿Puedo preguntar cómo se llama? —inquiere con un hilo de voz.

—Ivy.

Otro silencio largo.

—No… no reconozco el nombre. Pero... últimamente, cuando tengo esos sueños, siempre hay una niña. Una niña de pelo castaño que me abraza muy fuerte. Y yo... yo la quiero mucho. En el sueño, la quiero más que a nada en el mundo.

Mierda, es el primer caso en el que las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Menos mal que Ivy no está conmigo en estos momentos.

—Eileen, por favor, debes entender que esto podría ser muy doloroso. Tanto para ti como para ella. Si se confirma que estáis conectadas, significaría que has perdido dieciocho años de tu familia. Y si no...

—Marlo —me interrumpe y su voz suena ahora mucho más firme—. No recuerdo si un día tuve hijas. Pero esa mujer, Ivy, tiene derecho a saber si yo podría ser su madre.

Su respuesta me deja sin palabras. La forma en que pone las necesidades de una desconocida por encima de proteger su corazón no encaja en absoluto con una madre que abandonó el hogar.

—¿Estás segura de eso? Puede doler… puede doler mucho —repito.

—Estoy segura. Sigue adelante con lo que creas conveniente. Si necesitas más dinero para gastos, solamente dímero. Tenemos algunos ahorros y… Y si... si resulta que soy su madre, me gustaría conocerla. Sé que ha pasado mucho tiempo y ahora tengo una familia que me quiere, pero… solo conocerla —añade.

—No creo que el dinero vaya a ser un problema, tranquila... —confieso.

—Pero, Marlo. Si finalmente se confirma que soy su madre, me gustaría que mi marido esté conmigo cuando la conozca. Y quiero que sea gradual. No puedo... no puedo aparecer en la vida de alguien de sopetón si estoy casi segura de que no podré recordarla. Y no te preocupes por mí. Sé que será duro. Preocúpate por esa

chica, asegúrate de que esté preparada para soportar el hecho de que su madre no la recuerda.

—Por supuesto. Lo haremos a tu ritmo —le aseguro.

—¿Marlo?

—¿Sí?

—Esa chica, ¿tiene hermanos?

—En total son cuatro hermanas.

—Cuatro hermanas —repite, bajando la voz hasta convertirla en un suspiro—. A veces, en mis sueños, hay otras niñas. Una que siempre está cocinando. Otra muy mandona. No lo sé. No soy capaz de discernir entre los recuerdos reales y los sueños, lo siento.

Prefiero no alargar la llamada. Sé que está sufriendo. Ni siquiera puedo imaginar lo que puede suponer enterarte de que quizá tuviste una familia a la que ya no puedes recordar. ¿Qué siente una madre que no se acuerda de sus hijas? Este caso va a ser un infierno, pero ya no hay vuelta atrás. Pase lo que pase, solo se puede seguir adelante.

CAPÍTULO 11

Ivy

Mi suite en el resort es un absoluto desastre.

Álbumes familiares esparcidos por toda la mesa del salón, fotografías sueltas en cada superficie disponible, y mi portátil rodeado de tazas de café vacías y trozos de papel con notas garabateadas. Las vistas a las montañas nevadas, que normalmente me tranquilizan, hoy no me causan ningún efecto.

Escucho los pasos de Marlo en el pasillo antes de que llame a la puerta.

—Joder, Ivy. ¿Has dormido algo? —dice nada más entrar, dejando su maletín sobre una silla—. Siento decírtelo, pero tienes una pinta horrible.

—Un par de horas. Quizá tres —confieso, encogiéndome de hombros—. No podía parar de pensar en todas las formas en las que esto puede salir mal.

—Acabo de hablar con Eileen —anuncia, bajando la voz y pegándose a mí para colocar una mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Y?

—Me ha dado permiso para compartir contigo todo lo que sé. El caso entero. Quiere resolver esto de una vez por todas, para bien

o para mal.

Se me escapa un largo suspiro. Me dejo caer sobre el sofá, prácticamente temblando. Quiero y, al mismo tiempo, no quiero conocer lo que ha pasado. A veces, la verdad asusta mucho más que la ignorancia.

—Vale. Vale, perfecto. Enséñamelo todo. Estoy lista —admito, golpeando el sofá con la palma de la mano para que se siente a mi lado.

Marlo saca todo el expediente de su maletín y lo extiende sobre la mesa frente a nosotras, apartando con cuidado algunas de mis fotografías familiares.

—Esto es todo lo que tengo sobre Eileen Drake desde el accidente. Informes médicos, informes policiales, documentación del hospital —explica, mostrándome los documentos.

Cojo el primer documento y nada más empezar a leer me quedo sin palabras.

RESUMEN EJECUTIVO - CASO #2005-LP-0847

Fecha: 15 de octubre de 2005

Ubicación: Carretera Estatal 200, cerca de Lincoln, Montana

Hora: 02:30 horas (aprox.)

VÍCTIMA:

Mujer no identificada, 35-45 años

Encontrada inconsciente en un Honda Accord volcado

Lesiones: Traumatismo craneal severo, fracturas múltiples, quemaduras de tercer grado en cara y cuello

CIRCUNSTANCIAS:

El vehículo se salió de la carretera e impactó contra unos árboles

Sin documentación identificativa de ningún tipo

Sin equipaje o pertenencias personales

Descubierto por un camionero que alertó al 911

ESTADO:

Víctima transportada en estado crítico al Hospital Regional de Lincoln

Caso abierto bajo investigación activa

Sin indicios iniciales de actividad criminal

Búsqueda en bases de datos de personas desaparecidas iniciada

OBSERVACIONES:

Ausencia completa de identificación considerada inusual

Vehículo remolcado para inspección forense

Pronóstico médico reservado debido a severidad del traumatismo craneal

—Joder —suspiro al leer esa última frase—. ¿Lincoln, Montana? Eso está como a cinco horas de aquí o más.

—A unas seis horas en coche —confirma Marlo.

—Así que sí se alejó de Silver Peaks... Nunca tuvimos un Honda Accord —añado confusa.

—El vehículo tenía el número de bastidor borrado y no se pudo identificar. No había denuncias por robo. Me duele decirte esto, Ivy, pero creo que tu madre no quería que la encontrasen.

—Pero, incluso si fuese así, llevaría algo, ¿no? Dinero, documentos, ropa. No entiendo nada —protesto, escondiendo el rostro entre las manos.

—Hay demasiadas cosas que no cuadran —asiente.

Dejo el documento sobre la mesa y cojo el siguiente, aunque mi mano tiembla tanto que casi lo dejo caer. Es el informe médico inicial.

INFORME MÉDICO - PACIENTE JANE DOE #2005-47

Hospital Regional de Lincoln

Fecha de Ingreso: 15 de octubre de 2005

Responsable: Dr. Marcus Smith-Koben, Neurología

LESIONES AL INGRESO:

Traumatismo craneoencefálico severo con edema cerebral significativo

Fracturas múltiples: Radio y cúbito izquierdo, tres costillas del lado izquierdo

Quemaduras de tercer grado en el 15% de la superficie corporal (principalmente parte izquierda de cara y cuello)

Laceraciones múltiples por fragmentos de vidrio

Contusión pulmonar leve

TRATAMIENTO INICIAL:

Cirugía de emergencia para reducir la presión intracraneal

Estabilización de fracturas con fijación interna

Tratamiento de quemaduras con injertos de piel

Coma inducido médicamente durante 72 horas

RECUPERACIÓN FÍSICA:

Estabilización neurológica tras 2 semanas en UCI

Recuperación motora completa tras 6 meses de fisioterapia

Cicatrices permanentes en lado izquierdo de la cara y el cuello

Función cognitiva básica restaurada progresivamente

SECUELAS NEUROLÓGICAS:

Amnesia retrógrada completa: Paciente no conserva recuerdos anteriores al trauma

Capacidades cognitivas básicas intactas: Lenguaje, matemáticas, habilidades motoras preservadas

Memoria de procedimiento conservada: Habilidades como cocinar, conducir permanecen intactas

La formación de nuevos recuerdos es normal desde el despertar del coma

PRONÓSTICO:

Recuperación física: Completa con limitaciones estéticas menores

Recuperación de memoria: Improbable después de 6 meses sin mejoría

Capacidad para vida independiente: Excelente con apoyo psicológico

ALTA MÉDICA: 3 de febrero de 2006

Seguimiento: Cuidado ambulatorio con especialista en trauma cerebral

Nota Clínica: La amnesia retrógrada completa en este caso parece permanente, pero la paciente ha demostrado notable capacidad de adaptación y formación de la nueva identidad.

—Joder, Marlo. Estuvo a punto de morir —murmuro mientras me seco las lágrimas con la palma de la mano.

—Lo sé.

Me levanto de golpe, necesito moverme, necesito aire. Camino hacia la ventana, presionando las palmas y la frente contra el cristal frío.

—Si es ella, si es mi madre, estuvo a punto de morir y nosotras ni siquiera lo sabíamos. Estábamos aquí, en Silver Peaks, odiándola por habernos abandonado, mientras ella luchaba por su vida en un hospital a tan solo seis horas en coche de aquí.

—Ivy...

—No. No me digas que no piense en eso, joder. Porque si es ella, significa que hemos pasado dieciocho años culpándola por algo que no hizo. Significa que mi padre... —me detengo, respirando con dificultad, sintiendo como si el aire no llegase a mis pulmones.

Escucho a Marlo levantarse y acercarse a mí.

—¿Qué pasa con tu padre? —inquiere, abrazándome desde atrás y besando mi cuello.

—¿Por qué no la buscó? Tenía todos los medios del mundo a su disposición. ¿Por qué no movió cielo y tierra para encontrarla en vez de decirnos que, simplemente, nos había abandonado y dejarnos llorando a las cuatro?

—Si te soy sincera. No lo sé —resopla.

—Yo sí lo sé —admito, pegando un manotazo contra el cristal —. Porque para él era mucho más fácil. Un problema menos, él se quedaba como el padre bueno, el que se hacía cargo de sus hijas mientras que nuestra madre era la mala de la película, la que nos dejó abandonadas.

—Ivy, no tengo nada claro que aquí haya alguien bueno. Tu madre no estaba de excursión a seis horas de aquí en un coche con el bastidor borrado —anuncia con cautela.

Me doy la vuelta para mirarla y, por el gesto que hace, estoy segura de que la mirada de odio que le acabo de dedicar ha sido demasiado. Ella no tiene ninguna culpa.

—¿Quieres ver las fotos? —pregunta con suavidad, secándome las lágrimas con su pulgar.

Saca las fotografías de Eileen y las coloca sobre la mesa junto a las antiguas. El contraste me golpea como una bofetada física. Las cicatrices han cambiado parte de su rostro, el pelo es ahora gris, en su mirada, pesan dieciocho años de confusión. Una vida sin conocer a la mujer que un día fue.

Pero es la misma persona.

—Joder —susurro, cogiendo una de las fotos—. Es ella. Es mi madre. Estoy completamente segura.

Es devastador y hermoso a la vez. Representa dieciocho años perdidos, pero, al mismo tiempo, encontró amor y felicidad al lado de un hombre que se hizo cargo de ella y la ayudó con la recuperación.

—¿Cómo les voy a contar esto a mis hermanas? —inquiero, dejándome caer de nuevo en el sofá—. ¿Cómo les digo que nuestra madre no nos abandonó, que tuvo un accidente y que nuestro padre lo sabía y nunca nos lo dijo?

—Ivy. Estás dando muchas cosas por supuestas. No sabemos si tu padre lo sabía o no y en cuanto a que no os abandonó...

—¿En serio? ¿Un hombre con todos los recursos del mundo no pudo encontrar a una mujer que estuvo en un hospital público durante meses?

—Lo importante ahora no es si vuestro padre lo sabía o si vuestra madre se marchó. La clave es cómo se va a manejar ahora toda la situación —explica, inclinándose para besar mi frente en un intento por calmarme.

CAPÍTULO 12

Marlo

—¿Estás bien? —inquiero con miedo, peinando su melena entre mis dedos.

—No lo sé —sisea, colocando su frente sobre la mía y acercándose tanto a mí que su aliento roza mis labios.

—Ivy, no sé si es el mejor momento para…

No me deja hablar, me calla con un beso y es como si todas las emociones de los últimos días se concentrasen en ese instante. Gratitud, alivio, miedo, esperanza... Y quizá algo más profundo que prefiero no analizar demasiado.

Es diferente a los besos anteriores. Este está cargado de todo lo que hemos compartido, de todas las lágrimas y descubrimientos. De todo lo que falta por venir.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto al ver que tiembla ligeramente.

—Llevo conteniendo demasiadas emociones desde que te conozco. Necesito dejarlas salir —confiesa, besándome de nuevo.

—¿Para eso me quieres? —bromeo.

—Eres idiota, Marlo Bergeron. No estás tan buena como te piensas. Además, esta noche vas a aprender a dejarte llevar —

añade, tirando de mí para ponerme en pie y rodeando mi cuello con la mano mientras aprieta ligeramente sobre mi yugular con el pulgar.

—Joder —suspiro.

Esa presión suave, pero firme, de su dedo en mi garganta, despierta en mí sensaciones que nunca había experimentado. Es como si estuviese encendiendo un interruptor secreto en mi interior, activando corrientes de electricidad que recorren cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Normalmente, suelo ser una mujer bastante dominante en el sexo, pero algo me dice que lo voy a disfrutar.

Se inclina para besarme tras el lóbulo de la oreja, susurrando a mi oído todo lo que pretende hacerme, y mis piernas se vuelven de arcilla al escucharla.

—Yo lo hago —interrumpe al ver que empiezo a quitarme la ropa.

Me desnuda con delicadeza, lentamente, sin ninguna prisa. Volviéndome absolutamente loca de deseo.

—Ivy —ronroneo, sujetándome a sus hombros mientras ella desabrocha mis pantalones.

—Paciencia —murmura contra mi piel—. Te prometo que valdrá la pena.

Antes de que quiera darme cuenta, estoy desnuda de cintura para arriba, con pantalones y bragas a la altura de los muslos. Temblando, esperando cualquier roce de sus dedos o su boca sobre mi piel.

Ivy se aparta ligeramente para observarme, me recorre con la mirada como si ya me estuviese haciendo el amor, mordiendo su

labio inferior con deseo cuando sus ojos se detienen en mi sexo.

—Más te vale que me hagas algo de una vez —protesto, sintiendo cómo se me acelera la respiración.

Desliza la punta de los dedos por el contorno de mis pechos, acariciándolos con suavidad, dibujando un mapa invisible de deseo sobre mi piel. Es una tortura exquisita que me hace cerrar los ojos y arquear la espalda, buscando desesperadamente más contacto.

—Por favor —suplico, sintiendo cómo mi autocontrol se desmorona por completo.

—¿Por favor, qué, señorita detective? —inquiere con una sonrisa repleta de picardía.

—Tócame —jadeo—. Tócame de verdad.

—¿No te gusta lo que estoy haciendo? —bromea.

—Me gusta, pero…

Mis palabras se convierten en un suspiro cuando desliza el reverso de la mano por mi pubis. Es un contacto ligero, casi etéreo, como el de una pluma, pero envía ondas de placer por todo mi cuerpo que me hacen temblar.

—Ya estás empapada —observa con una sonrisa, presionando ligeramente la palma de la mano en mi sexo—. ¿Tantas ganas tienes?

—Joder, Ivy —protesto, tratando de deshacerme de los pantalones y la ropa interior para poder abrir más las piernas.

—Shh, shh, shh, yo no te he dicho nada de que puedas quitarte los pantalones. Déjalos a la altura de tus rodillas —ordena, pellizcando mi barbilla entre los dedos para que la mire a los ojos.

Obedezco y se coloca en cuclillas frente a mí, los ojos a la altura de mi sexo. La imagen es tan erótica que tengo que aferrarme a sus hombros para no caer.

—Eres perfecta —murmura, soplando a continuación sobre mi clítoris.

Al primer roce de su lengua, estoy a punto de caer al suelo. Mis piernas apenas me sostienen y los pantalones, sujetando mis rodillas, no ayudan en absoluto a mantener el equilibrio. Clavo las uñas en sus hombros mientras me lame lentamente, frotando a continuación sus labios o su barbilla hasta hacerme gemir de placer.

—No puedo mantenerme en pie —jadeo.

—Yo te ayudo —responde, levantándose para colocarse detrás de mí.

Estoy a punto de protestar, pero recorre mi espalda con la punta de los dedos con tal delicadeza que me pone la piel de gallina. A continuación, se pega a mí, cubriendo mis pechos con las manos mientras muerde mi cuello o mis hombros.

—¿Así mejor? —susurra, endureciendo mis pezones con los pulgares al tiempo que desliza la lengua por mi yugular.

El placer es tan intenso que tengo que morder mi labio inferior para no gritar. Sus manos parecen saber exactamente dónde tocar, cómo presionar, cuándo apretar y cuándo acariciar. Es como si mi cuerpo fuese un instrumento que ella dominase a la perfección.

Desliza la mano derecha por mi vientre, colándola entre mis piernas hasta dejarme sin aliento y, cuando acaricia mi clítoris con la punta de los dedos, no puedo evitar gritar de placer.

—Iba a atarte a la cama, pero estás siendo una buena chica —ronronea junto a mi oído al tiempo que cuela un dedo en mi interior—. Ven —ordena, tirando de mí hasta llevarme a su dormitorio y tumbarme en el colchón.

Lo hace con delicadeza, pero al mismo tiempo con una firmeza que me desconcierta y me vuelve loca a partes iguales, deteniéndome cuando intento quedarme desnuda.

—Te he dicho que yo lo hago —me recuerda, deslizando los pantalones por mis piernas junto a las bragas y dejándolos en el suelo antes de quedarse desnuda ella también.

—¡Madre mía! —suspiro, consiguiendo que Ivy niegue con la cabeza al tiempo que pone los ojos en blanco.

Se estira sobre mi cuerpo, besando mi cuello mientras frota sus pechos con los míos.

El reguero de besos inicia un viaje hacia abajo, pasando de mi cuello a la clavícula para, a continuación, detenerse en mis pezones. Los succiona entre los labios y la lengua, lame el contorno de mis pechos, frotándose contra mi pierna y gimiendo sobre mi piel.

Y, cuando continúa y llega hasta mi pubis, todo mi cuerpo tiembla.

—¿Estás bien? —pregunta, levantando la mirada y sonriendo.

Asiento lentamente con la cabeza, incapaz de formar palabras coherentes mientras abre mis labios con los pulgares para deslizar la lengua por mi sexo.

El primer contacto sobre mi clítoris me hace saltar del colchón. Literalmente. Es una sensación tan intensa que mi visión se

nubla por un instante.

—No sabía que fueses tan receptiva —ronronea antes de besarlo—. Me gusta.

El mundo entero parece detenerse. Es suave y firme a la vez, como si conociese exactamente dónde presionar y cómo para arrancar una sinfonía de gemidos de mi garganta.

Justo cuando siento que voy a llegar al clímax, se detiene.

—¡Joder, Ivy! —jadeo, frustrada.

Levanta la cabeza para sonreírme y su barbilla brilla con mi excitación.

—Tienes muy poca paciencia—. Añade con una sonrisa y un guiño de ojo.

Repite el proceso dos, tres, cuatro veces, llevándome al borde del orgasmo para luego apartarse en el último momento. Es una tortura. Una tortura exquisita que me tiene temblando de necesidad.

—Por favor —suplico—. Por favor, déjame...

—¿Dejarte qué?

—Deja que me corra —gimo, llevándome una mano a la boca para morder mis nudillos.

Simplemente, sonríe y vuelve a la carga, consiguiendo que mi espalda se tense. Estoy ya tan sensible que cualquier roce, cualquier beso, cualquier caricia con la punta de su lengua, me acerca al orgasmo. Y cuando cuela su dedo meñique entre mis nalgas, añade una nueva dimensión a mi nivel de excitación.

El orgasmo me golpea como un tsunami, arrastrándome en ondas de placer tan intensas que pierdo completamente el control.

Mi cuerpo se arquea, mis músculos se contraen, cierro los puños contra las sábanas y grito su nombre mientras el clímax me consume.

Cuando al fin regreso a la realidad, mis pulmones buscan aire como si acabase de correr una maratón.

Ivy se tumba a mi lado, besando mi frente con ternura al tiempo que acaricia mi mejilla con el dorso de la mano.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con un tono de voz tan suave que me hace estremecer.

—Como si hubiese muerto y resucitado —respondo—. ¿Siempre es así contigo?

—Bien, descansa un poco, porque ahora te vas a poner un arnés, me vas a colocar a cuatro patas sobre la cama y bueno… ya sabes el resto… —susurra, besando mis labios.

CAPÍTULO 13

Marlo

El café está ya frío cuando marco el número del doctor McGrath por tercera vez esta mañana.

—Buenos días, doctor —saludo cuando por fin responde a mi llamada—. Soy Marlo Bergeron. Hablamos hace unos días sobre la amnesia retrógrada.

—Ah, sí, la investigadora privada —responde con un soplido. Tengo muy claro que no tiene ningunas ganas de hablar conmigo—. ¿Ha conseguido ya más información sobre el caso Eileen Drake?

—Lo cierto es que sí —le aseguro—. Le llamo precisamente para hacerle una pregunta muy específica sobre el tema. Si tuviésemos pruebas de ADN que confirmasen una relación materno-filial, ¿recomendaría el contacto directo? No quiero hacer nada que pueda ser perjudicial para mi cliente.

Un silencio demasiado largo al otro lado de la línea es lo único que escucho.

—¿Qué tipo de contacto? —inquiere de mala gana.

—Podríamos empezar por una videollamada. Corta. Supervisada por un equipo médico, si cree que es necesario —propongo.

—¿Ha hablado ya con las partes involucradas sobre las limitaciones de la recuperación de memoria? —insiste el doctor—. Como ya le expliqué varias veces, las posibilidades de que su cliente recupere cualquier recuerdo de los años anteriores al accidente son muy reducidas. Sigo sin ver el sentido a exponerla a ese tipo de tensión que es posible que le cause una crisis y…

—Ambas partes son conscientes de que la recuperación de los recuerdos es prácticamente imposible, en este caso —le interrumpo.

Ivy me observa desde el sofá, sentada sobre sus piernas, cerrando los dedos alrededor de una taza de té verde como si eso pudiese calmarla.

—¿Qué ha dicho? —se apresura a preguntar en cuanto cuelgo el teléfono.

—Que necesitamos pruebas científicas antes de seguir adelante, de otro modo, no autorizará someter a Eileen al nivel de estrés que podría causarle ese tipo de situación —le explico.

—¿Pruebas científicas? ¿Como una prueba de ADN o algo así?

—Sí, exacto. Algo que nos permita confirmar sin ningún género de dudas que Eileen Drake es tu madre.

Ivy deja la taza en la mesa con un ruido seco.

—¿Cómo funciona? Es un kit de saliva o algo similar, ¿no?

—Sí, hay varios tipos. Algunos test se envían con un recipiente para la saliva y otros con un hisopo bucal. Al no necesitar que sea para nada legal, no precisamos cadena de custodia, así que te lo podrían enviar aquí mismo, sin necesidad de desplazarte. Y lo

mismo para Eileen. Podríamos tenerlo todo en una semana si tenemos suerte y…

—Tendremos los resultados mañana mismo —me corta Ivy, sacando el teléfono móvil de su bolsillo.

**

La eficiencia de la familia Merriweather cuando se propone algo es digna de ver.

En apenas cuarenta y cinco minutos, un mensajero entrega el kit de ADN, que ha llegado en helicóptero. En el caso de Eileen ha sido aún más sorprendente. En veinte minutos, el empleado de un laboratorio estaba llamando a su puerta y recogiendo las muestras.

En menos de 18 horas, tras enviar muestras a dos laboratorios diferentes para tener mayor certeza, los informes coinciden. Ivy comparte con Eileen un patrón mitocondrial idéntico, 23 marcadores STR emparejados y una combinación cromosómica que solo puede proceder de madre a hija. Es innegable. Ahora ya no se trata de una suposición. Es ciencia con una probabilidad del 99,9%. Eileen Drake es Elizabeth Merriweather.

—Joder —suspira Ivy al ver las pruebas.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, sentándome a su lado para acariciarle la espalda.

—No lo sé —admite, escondiendo el rostro entre las manos y, a continuación, secándose las lágrimas con la manga de la camisa—. Es como si el mundo entero se hubiese detenido. Aliviada, aterrorizada… todo a la vez.

—Es normal —le aseguro, inclinándome para besar su mejilla. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Me gustaría hablar con ella.

—¿Estás segura de que estás lista para algo así? —inquiero con cautela.

—No lo sé. Pero necesito hacerlo —confiesa—. También necesito un whisky —anuncia, levantándose para abrir una botella.

Tras beber cada una de nosotras un vaso de whisky, reúno el suficiente valor para llamar a Daniel Drake e informarle de que los resultados son claros. Hemos resuelto el pasado de Eileen.

Programamos la videollamada para las tres de la tarde del día siguiente, en horario de Montana, una hora más tarde para los Drake en Chicago. A pesar de que Ivy insistía en que fuese antes, Daniel exigió que estuviese presente el psicólogo que trata habitualmente a su esposa por si tuviese una crisis, y esa era la única hora disponible.

Debemos hacerla en la casa que tengo alquilada cerca de la plaza del pueblo, porque Ivy necesita un terreno neutral. Ha estado nerviosa toda la mañana, tratando de mantenerse ocupada con algo sin conseguirlo, cambiándose de ropa una y otra vez hasta decidirse por un jersey azul marino y unos vaqueros.

—Tranquila —susurro antes de llamar.

—¿Tranquila? Creo que me va a dar un infarto en cualquier momento, Marlo —confiesa, respirando hondo y soltando de golpe una gran cantidad de aire.

La pantalla parpadea, y pronto aparece Daniel Drake, sonriendo en el salón de su casa.

—Marlo, excelente trabajo —saluda—. Tú debes de ser Ivy, ¿verdad? Te pareces a tu madre. Eileen está un poco nerviosa, pero quiere conocerte —explica—. El doctor Morrison está con ella, por si acaso.

Un hombre mayor con el pelo blanco aparece brevemente en la pantalla, saluda con la mano y, a continuación, desaparece.

—Mamá —suspira Ivy al ver a Eileen.

—Hola —responde, sentándose frente a la cámara—. Tú debes ser... mi hija.

—Hola, mamá —susurra Ivy, sin dejar de llorar.

Eileen se inclina hacia la pantalla, estudiando el rostro de Ivy con una intensidad que me rompe el corazón. Como si intentase con todas sus fuerzas que los recuerdos volviesen a su memoria sin conseguirlo.

—Me gustaría decirte que me acuerdo de ti, pero no es cierto —se disculpa.

—No te preocupes, mamá. No pasa nada —continúa Ivy, sin parar de secarse una y otra vez las lágrimas con la palma de la mano. ¿Puedes recordar algo? ¿Cualquier cosa? Lo que sea.

Eileen cierra los ojos, como si estuviese buscando en algún lugar profundo de su mente.

—Hay... hay tan solo fragmentos. Una niña de pelo castaño que me abraza muy fuerte. El olor a galletas en el horno. Una canción de cuna que no puedo recordar.

Ivy se lleva la mano a la boca, sollozando.

—Nos cantabas la canción de cuna de Brahms antes de dormir. A mí y a Sloane, mi hermana gemela.

—Sí. Sí, esa canción... me gusta esa canción —repite Eileen.

—¿Sabes por qué estabas tan lejos de Silver Peaks cuando tuviste el accidente?

La expresión de Eileen se vuelve de pronto muy seria.

—No. Pero... últimamente, cuando tengo esos sueños, siempre hay una sensación de urgencia. No sé cómo explicarlo. Como si estuviese huyendo de algo. O corriendo hacia algo. No estoy segura. El doctor Morrison dice que no le dé mucha importancia.

De pronto, desvía la mirada, como si estuviese sufriendo.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiere casi con miedo.

—Claro, mamá —se apresura a responder Ivy.

—¿Fui una buena madre? Antes del accidente, quiero decir. ¿Os trataba bien a ti y a tus hermanas?

—Fuiste la mejor madre del mundo, mamá —suspira y la sonrisa que se dibuja en los labios de Eileen es maravillosa.

Ahora, las dos lloran abiertamente y el psicólogo decide cortar ya la video llamada para no causar una posible crisis.

—Ojalá pudiese recordar eso. Ojalá pudiese recordarte a ti y a tus hermanas —insiste mi cliente.

—Yo lo recuerdo por las dos —se despide Ivy antes de cerrar la pantalla del ordenador.

—¿Qué tal estás? —pregunto mientras la abrazo con fuerza.

—Como si acabase de conocer a un fantasma hermoso. Está ahí, pero no está completamente ahí. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Todo el sentido del mundo —le aseguro—. Pero tienes que entender algo sobre la amnesia retrógrada, Ivy. Esos momentos tan bonitos que tú recuerdas de tu madre, no existen para Eileen. Y seguramente no volverán jamás. Nunca va a recordar tu primer día de colegio, o cómo enseñó a cocinar a River, el primer trofeo de Sloane o las historias que te contaba antes de dormir.

—¿Nunca?

—Muy probablemente, nunca.

Ivy deja caer la espalda sobre el sofá y levanta las piernas para abrazar sus rodillas.

—Entonces, ¿qué significa eso? ¿Que encontramos a mi madre, pero no es realmente mi madre?

—Sigue siendo tu madre, pero la mujer que te cuidaba de pequeña, la que conocía todos tus secretos cuando eras una niña, la que sabía exactamente cómo consolarte cuando llorabas... esa persona ya no existe. Se ha ido para siempre —le explico, peinando su pelo entre mis dedos.

—Joder.

—Lo siento —suspiro antes de besar su sien.

—Marlo. Quiero contratarte —dice de pronto—. No importa lo que cueste.

CAPÍTULO 14

Ivy

—Esto es un callejón sin salida —bufa Marlo, estirando los brazos por encima de su cabeza.

El tablero de investigación que hemos montado, ocupa ahora una pared entera de mi suite en el resort. La línea roja que conecta Silver Peaks con las Islas Caimán es nuestro cuello de botella. Lo que oculta una verdad que no quiero conocer.

Cuando le pedí que investigara el motivo por el que mi madre desapareció, pensé que por alguna razón tenía que ir a Lincoln y que, por pura casualidad, tuvo ese desgraciado accidente que casi le cuesta la vida.

Pero la verdad es mucho más compleja.

—La mayor parte de la gente que desaparece, lo planifica, y creo que tu madre lo tenía muy bien estudiado —explica, pasándose la mano por el pelo con un gesto de frustración—. Para romper esto, no necesitas una investigadora, necesitas un tanque.

Llevamos tres horas pegándonos contra un muro, rodeadas de documentos financieros que parecen escritos en código, y mi estómago ruge, recordándome que no he comido en todo el día. Pero no puedo comer. No cuando cada papel que revisamos sugiere

que mi madre se marchó voluntariamente y que no quería volver jamás.

—¿Un tanque? —pregunto, aunque sé exactamente a qué se refiere.

—Harper. Anika. Recursos que yo no tengo, ni puedo conseguir —explica.

—No.

—Ivy...

—No pienso arrastrar a mis hermanas por esta búsqueda hasta saber exactamente a qué nos estamos enfrentando —insisto, cruzándome de brazos y negando con la cabeza—. Bastante difícil va a ser decirles que nuestra madre vive en Chicago pero que no se acuerda de nosotras, como para explicarles que lo que contaba mi padre era cierto y que nos abandonó.

—¿Por qué lo haces, Ivy?

—¿Por qué hago, qué?

—¿Por qué pretendes siempre cargar con el peso para que las demás no tengan que hacerlo? —insiste, abrazándome desde atrás y apoyando la cabeza en mi hombro.

—Alguien tiene que...

—No —me interrumpe, y antes de que pueda apartarme, entrelaza nuestros dedos sobre mi vientre, meciéndome contra su cuerpo—. No tienes que protegerlas de una verdad que ya os había dicho vuestro padre. Las estás subestimando. Y te estás aislando de tu familia cuando más la necesitas.

Su voz es suave, aunque firme al mismo tiempo.

—Confía en ellas, por favor —susurra, besando mi cuello—. Confía en mí.

Marco primero el número de Harper, que responde al segundo tono.

—Ivy, ¿va todo bien?

—Te necesito. En mi suite. Ahora. Es muy importante —indico sin ni siquiera saludar.

—¿Qué ha pasado?

—Solo ven. Es sobre mamá.

Escucho un silencio largo.

—¿Sobre mamá? Ivy, ¿de qué coño hablas?

—Solo ven.

—Ivy...

—Harper. Por favor. Prefiero hablarlo en persona.

Cuelgo antes de que pueda seguir preguntando y marco el número de River.

—¿Qué pasa? No me digas que te vas a mudar a Chicago con tu investigadora privada —bromea.

—¿Está Anika contigo?

—Está en su despacho, revisando no sé qué informes aburridos para unas inversiones en Silicon Valley. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito que venga a mi suite. Ahora.

—¿De qué hablas?

—Tú dile que venga —insisto antes de colgar el teléfono.

Los siguientes veinte minutos se me hacen eternos. Marlo me ayuda a organizar los documentos en un flujo narrativo que tenga sentido. Cada papel que colocamos es como preparar una bomba que vamos a hacer detonar en el corazón de mi familia. Porque una cosa es creer la versión de nuestro padre, que era un mentiroso compulsivo cuando le interesaba… y otra muy diferente es conocer la verdad.

—Ivy, ¿qué coño es todo esto? —pregunta mi hermana Harper, deteniéndose en seco al ver el tablero que cubre toda la pared.

Anika mantiene la calma, pero casi puedo ver las ruedas girando en su cabeza. River aparece detrás de ellas y su mirada se clava en las fotografías actuales de nuestra madre, colgadas en el centro del tablero.

—Joder —susurra, acercándose con pequeños pasos—. ¿Dónde has conseguido estas fotos?

—Sentaos, por favor —digo, señalando el sofá—. Marlo, explícalo tú. Yo no soy capaz —admito.

Marlo se aclara la garganta, y observa nerviosa a mis hermanas y a Anika.

—Hace dos semanas, un hombre llamado Daniel Drake me contrató para investigar unos recuerdos de su esposa. La mujer sufrió un accidente de tráfico hace dieciocho años que le causó amnesia retrógrada severa.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotras? —interrumpe Harper, aunque su voz ya no suena tan segura.

—Su esposa se llama Eileen Drake —anuncia, señalando las fotos actuales de mi madre en el tablón de investigación—. Pero antes se llamaba Elizabeth Merriweather.

El silencio que sigue es ensordecedor. Puedo escuchar el zumbido del frigorífico, el viento contra las ventanas, los latidos de mi propio corazón.

—¿Estás diciéndonos que has encontrado a nuestra madre? —pregunta River, su voz apenas un susurro.

—No solo eso —intervengo—. Estamos diciendo que lo que siempre decía papá era cierto, que hay pruebas de que planeaba marcharse. Transferencias de dinero a cuentas en las Islas Caimán. Documentos preparados para obtener una nueva identidad.

Harper se pone de pie tan bruscamente que casi tumba la mesa.

—No es por ofender, pero si vosotras dos la habéis encontrado, papá podría haberlo hecho con mucha más facilidad. Tenía contactos de sobra para…

—¿Y si no quiso hacerlo? —la corto—. ¿Y si papá lo único que hizo fue hacer más grande el problema? Joder, mira esos informes, Harper. Cuando encontraron a mamá no había ningún tipo de documentación. Y nunca se investigó quién era esa mujer con amnesia. Qué conveniente, ¿verdad?

River se lleva las manos a la boca antes de acercarse a mí para abrazarme.

—¿Podemos hacer algo? —pregunta Anika, que parece ser la única que mantiene la calma.

—Nos vendrían muy bien vuestros contactos y experiencia financiera para rastrear las distintas capas de privacidad. El dinero viajó del fideicomiso de mamá hasta las Islas Caimán. A partir de ahí, no podemos seguir la pista ni acceder a las cuentas.

Antes de que pueda seguir hablando, tanto Harper como Anika comienzan a llamar a directores de banco para reclamar información. Son datos antiguos, pero en esa época, todo movimiento de dinero dejaba un rastro.

—Marcus, escúchame bien —la voz de Harper se eleva por unos instantes—. No te estoy pidiendo que rompas ninguna ley. Solo necesito saber si hay un nombre asociado a esas transferencias. Un abogado, un intermediario, cualquier cosa.

Hace una pausa, escuchando.

—Zúrich. Sí, tiene sentido. ¿Hanz Kristoff? Vale, eso es lo que necesitaba. Te debo un favor.

Cuelga y se gira hacia nosotras.

—Hanz Kristoff, abogado de Zúrich. Su despacho está especializado en... servicios discretos para clientes de alto perfil.

—Su firma se disolvió hace cinco años —anuncia Anika, con los dedos todavía sobre el teclado de su ordenador—. Espera, conozco a uno de los antiguos socios, trabaja ahora en Luxemburgo.

Los siguientes veinte minutos son una sinfonía de llamadas, búsquedas por internet y cruce de datos entre Harper y Anika. River no ha soltado mi mano desde que empezó la búsqueda, está casi en

shock. Marlo permanece de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en el horizonte y solo cambia de postura para venir de vez en cuando y preguntar si estoy bien.

—Lo tengo —anuncia Anika—. Joder, vuestra madre lo tenía todo muy bien planeado. No quería que nadie la encontrase. Puedo seguir el rastro hasta Mauricio. Allí compró una casa con otro nombre y tenía varias cuentas abiertas que nunca llegó a tocar.

—Porque tuvo un accidente a seis horas de aquí mientras huía —completo, llevándome una mano a la boca.

—Hay más… y no os va a gustar —anuncia.

—No nos gusta nada de lo que estamos encontrando —se queja Harper.

—He conseguido hablar con un antiguo socio de vuestro padre. Luego fundó una empresa de software y me debe bastantes favores —explica Anika—. Me confirma que sabía lo del accidente y que un día que habían bebido más de la cuenta, le confesó que había pagado una gran suma de dinero para cambiar los datos de algunos informes y que no siguiesen adelante con la investigación.

—Hijo de puta —gruñe Harper—. Papá la encontró. Sabía lo del accidente y en vez de proporcionarle los mejores médicos y traerla a casa, la dejó tirada sin memoria.

—Los dos —nos recuerda River sin dejar de llorar—. Porque mamá nos estaba abandonando de verdad. Me negaba a creerlo y era cierto. Siempre la recordé con mucho cariño. Quise…

El silencio que sigue es absoluto. No es un silencio normal; es un silencio de esos que se produce cuando todo tu mundo se

desmorona. Cuando te das cuenta de que todo lo que creías saber sobre tu vida es una mentira.

Marlo se acerca y coge mi mano.

—Lo siento mucho, de verdad —susurra, besando mi frente—. Siento mucho haberos hecho pasar por esto. A veces, es mucho mejor no conocer la verdad.

—Necesitábamos saberlo —suspiro—. Joder, necesitábamos saberlo.

Anika se acerca a River para abrazarla, todavía tiembla.

—Lo importante no es qué hicieron ellos. Lo que importa de verdad es qué vais a hacer vosotras ahora —indica, alzando las cejas.

Harper levanta la cabeza, y veo una determinación extraña en su mirada.

—¿Queréis conocerla? —pregunta—. A mamá. A Eileen. A quien sea ahora. En persona.

—Por mí, sí —confirma River—. En un sitio tranquilo, sin nadie más que la familia. Sin dramas. Pero debemos informar a Sloane y a Julie. También son parte de la familia. Bueno y a Esme. Y, Marlo, tú también. Estás tan metida en esto como nosotras y por lo que veo, eres prácticamente parte de la familia —agrega con un guiño de ojo lleno de complicidad mientras se gira para mirarme.

CAPÍTULO 15

Marlo

Quizá debería estar admirando las increíbles vistas de las montañas nevadas desde el ático de Harper, incluso la decoración, pero lo único que puedo ver son las caras de shock de todas las personas sentadas a la mesa. Seguramente, la cena familiar más tensa que han tenido en años.

—¿Ocurre algo grave? —pregunta Esme, al ver que River no deja de llorar. Julie y Sloane también han dejado de comer al observar que la típica alegría de sus cenas se ha esfumado.

Ivy y River miran a Harper, como esperando que sea la hermana mayor la encargada de soltar la bomba.

—Nuestro padre era un monstruo —anuncia por fin—. Y nuestra madre, una cobarde que intentó huir, dejando a sus hijas aquí.

—Harper... —la voz de Sloane es apenas un susurro.

—Es cierto. Sabíamos que mamá se había marchado, es la versión que papá nos contó cientos de veces, que seguramente, estaría en alguna isla tropical, disfrutando de la vida. Lo que no nos contó nunca es que tuvo un grave accidente de tráfico y él, no solo lo sabía, sino que muy probablemente, contribuyo a taparlo. Sabía

que casi pierde la vida, sabía dónde estaba, y eligió enterrarla bajo capas de silencio para proteger su jodido ego. Lleva dieciocho años viviendo en Chicago, se ha vuelto a casar y no recuerda nada. Un caso grave de amnesia por el traumatismo.

Sloane deja caer el tenedor sobre el plato y es como si todo su mundo empezase a desmoronarse a cámara lenta.

—Pero antes de ese accidente —continúa Harper—, ella ya había planeado abandonarnos. No es que se levantase un día en el que ya no podía más y se marchase. Hay transferencias de dinero, planes para una nueva identidad, todo preparado para huir sin mirar atrás.

—Joder —suspira Esme, levantándose de golpe para abrazar a Sloane.

—Toda mi vida... toda mi vida me esforcé por ganar su aprobación. La de papá. Y odié a la mujer que él me dijo que odiase —reconoce, desviando la mirada y mordiendo su labio inferior en un gesto de dolor.

—¿Por eso nos pediste que hoy no viniesen los niños? —inquiere Esme, dirigiéndose a Harper antes de besar la frente de Sloane, aunque todas aquí conocemos la respuesta.

—Fue una sorpresa para todas —admite River, que ya va por su segundo vaso de whisky y todavía no ha probado su plato de cordero asado—. Cuando me enseñó a cocinar, siempre me decía que el amor era el ingrediente secreto para que todo saliese perfecto. Y ya ves… ¿Qué ingrediente usas cuando planeas abandonar a tus hijas?

Ivy no ha dicho ni una sola palabra desde que llegamos. Está sentada junto a mí, apretándome la mano con tanta fuerza que sus uñas se clavan en mi piel.

Es Anika quien rompe el silencio.

—Lo de vuestro padre no puede sorprenderos tanto, y siento ser tan directa con vosotras.

Todas las miradas se clavan en ella.

—¿Qué? —pregunta Harper.

—Vuestro padre —prosigue Anika, inclinándose hacia delante y cruzando las manos sobre la mesa—. Sabéis perfectamente que era así. Mi primer trato con él fue cuando solicité unas prácticas mientras estaba en la universidad. La propia Sloane presentó mi currículum y me rechazó, solo por hacer daño. Ni siquiera me conocía. Ese verano contrató a más de cincuenta personas en prácticas. "Señorita Ramsey, este rechazo le enseñará humildad" fueron sus palabras —añade, todavía con dolor.

—Aun así, hacer eso con su esposa para salvar su ego... —protesta Sloane.

—Papá hizo cosas horribles en los negocios —admite Harper —. Arruinó a competidores solo para comprar sus hoteles más baratos. Destruyó familias enteras por un poco más de beneficio. Era nuestro padre, pero no era una buena persona —reconoce, bajando la voz.

River se sirve otro vaso de whisky y es Anika quien se lo quita de la mano.

—Pues vaya herencia genética de mierda que tenemos —añade cuando se queda sin la bebida—. Somos las hijas de un monstruo y de una cobarde.

—Somos supervivientes —la voz de Ivy es apenas un susurro cuando por fin habla—. Además, ni siquiera sabemos por lo que tuvo que pasar mamá para llegar a tomar esa decisión.

—Podía habernos llevado con ella —rebate su hermana gemela—. Pero en eso tienes razón. Somos supervivientes de dos personas que nos fallaron y seguiremos aquí, juntas como hasta ahora.

De pronto, Ivy se levanta, suelta mi mano y camina hacia River. Sin decir una palabra, la abraza.

Sloane se une al abrazo, rodeando a sus hermanas con unas manos que han sostenido una medalla olímpica y ahora sostienen algo mucho más frágil.

Harper es la última en moverse. Duda un instante, pero al fin se acerca y completa el círculo. Las cuatro hermanas sujetándose unas a otras como náufragos en una tormenta.

—Habíamos pensado en conocerla —admite Ivy casi suspirando—. Ir nosotras a Chicago o quedar en un sitio neutral. Incluso aquí, en Silver Peaks, si ella quiere.

—¿A mamá? —inquiere Sloane sorprendida.

—A Eileen —corrige River—. No recuerda ni quién es, ni quiénes somos nosotras.

—Me gustaría mirarla a los ojos y preguntarle por qué lo hizo —espeta Sloane, claramente furiosa.

—No recuerda nada —interrumpe Ivy—. Sería injusto pedirle explicaciones de algo que hizo hace dieciocho años una mujer que ya no es ella.

—¿Estáis todas de acuerdo en conocerla? —insiste Harper—. Es todas o ninguna.

—Por mí está bien —admite River, que en un descuido se ha bebido un nuevo vaso de whisky—. Es absurdo. Todo esto es absurdo. Pero lo vamos a hacer de todos modos, porque somos las hijas del absurdo, aparentemente.

A continuación, se acerca a mí y coge mi rostro entre las manos.

—Gracias, Marlo —susurra.

—¿Por destrozar tu familia?

—Por ofrecernos la verdad.

—Entonces está decidido —confirma Harper—. Conocemos a Eileen Drake y averiguamos si queda algo de Elizabeth Merriweather en ella. Y, Marlo, River tiene razón, muchas gracias, de verdad. Has cuidado de Ivy cuando nosotras ni siquiera sabíamos por lo que estaba pasando y nos trajiste la verdad cuando habría sido mucho más fácil mentir.

—Y porque por fin nuestra hermana pequeña mira a alguien como si fuese la única persona del mundo —añade River, tratando de que Anika le devuelva la botella de whisky.

CAPÍTULO 16

Marlo

Me despierto temprano, agobiada.

Esto no es mi trabajo habitual. Ya no se trata de encontrar a una persona desaparecida. Se trata de ayudar a la mujer de la que me estoy enamorando a navegar por las ruinas de su vida, mientras toda su familia se desmorona pieza por pieza a nuestro alrededor.

Ivy duerme a mi lado, vencida al fin por el agotamiento. Anoche, al regresar del ático de Harper, hablamos hasta altas horas de la noche. Luego hicimos el amor. Más tarde hablamos de nuevo, con su cabeza apoyada en mi pecho hasta que nos quedamos dormidas.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Daniel Drake, probablemente. O puede que Harper, que, al parecer, nunca duerme cuando hay una crisis que gestionar.

Pero en lugar de responder, me quedo tumbada en la cama un momento más, observando a Ivy dormir. Mantiene una mano cerrada contra su pecho, como si estuviese sujetando algo invisible pero muy valioso.

Me deslizo fuera de la cama con cuidado de no despertarla, Ivy se retuerce ligeramente, murmura algo que no entiendo, pero no

se despierta.

Todavía desnuda, me acerco a la ventana y marco el número de Julie.

—¿Marlo? —responde al segundo tono, su voz tensa—. ¿Está bien Ivy?

—Está durmiendo, por fin. ¿Cómo está Harper?

Escucho un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Lleva encerrada en el antiguo despacho de su padre toda la noche. Ha encontrado un montón de documentos archivados en cajas. Cartas con sus abogados, transferencias. Está muy enfadada. Anika estuvo un rato con ella, pero se tuvo que ir porque River había bebido demasiado.

Incluso a través del teléfono puedo escuchar el dolor en el tono de voz de Julie.

—No sé cómo ayudarla, Marlo. Cada vez que intento consolarla, se pone en modo CEO y me dice que no necesita compasión, que necesita más datos.

—Dale tiempo. Supongo que es su manera de procesar las cosas —propongo.

Cuelgo y a continuación marco el número de Anika.

—¿Cómo está River? —inquiero en cuanto contesta.

—Básicamente, rota —responde sin dudar—. Dice que no sabe si podrá volver a cocinar. Ahora mismo le trae demasiados recuerdos de su madre. Supongo que Ivy te contó que estaban muy unidas, es la que más se parecía a ella y saber que había estado

meses planeando con todo detalle marcharse y dejarlas atrás, la está matando.

—Cuida de ella. No la dejes sola.

—No pienso moverme de aquí —me asegura.

Dejo escapar un largo suspiro y, finalmente, marco el número de Esme, aunque cada llamada que hago se pone peor.

—¿Cómo está Sloane?

—Destrozada —responde sin rodeos—. Está pegándole a un saco de boxeo como si quisiera matar a alguien.

—Joder.

—Dice que durante años compitió por la aprobación de su padre y ahora descubre que era un sociópata. Ahora está un poco más calmada, Ana Sofía le dijo que lo importante no es de dónde vienes, sino a dónde vas, y eso la tranquilizó.

—Los niños ven las cosas de forma diferente.

—Exacto. Sin todas esas capas que los adultos acumulamos —reconoce Esme.

Cuelgo el teléfono, sintiendo como si me hubiesen dado una paliza emocional. Cada hermana lo está procesando a su manera, pero todas ellas están sufriendo.

—¿Qué tal están? —pregunta de pronto Ivy desde la cama.

Simplemente me encojo de hombros, son sus hermanas, las conoce bien. No hace falta que le explique por lo que están pasando.

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto? —suelta de pronto—. Que durante años, cada vez que una de mis hermanas

hablaba de mi madre, yo les decía que seguramente habría tenido sus razones para marcharse. Que una madre no abandona a sus hijas sin estar absolutamente desesperada y ese día tuvo que ocurrir algo horrible para que ella tomase esa decisión. Y resulta que lo había planeado con detalle, que su propia libertad valía más que sus hijas.

—Ivy...

—Y papá... joder, Marlo. Durante años pensé que era duro, pero justo. Exigente, aunque protector. Y resulta que era un jodido monstruo narcisista que nos usó como peones en su juego de ajedrez emocional.

Se levanta de la cama, caminando hacia la ventana hasta que llega a mi lado y me besa.

—Necesito que llames a Eileen por nosotras, que lo organices todo en un terreno neutral. Te estoy entregando a mi familia, Marlo. Te estoy pidiendo que seas la persona que nos guíe a través de esto, porque no estamos preparadas para algo así. No quiero que mis hermanas sufran más de lo que ya lo están haciendo, pero tampoco me parece justo que lo haga esa mujer que no recuerda nada —añade, besándome de nuevo mientras acaricia mis mejillas con los pulgares.

CAPÍTULO 17

Ivy

Tiemblo mientras intento beber un café que no consigo tragar.

No esperamos a una madre desaparecida. Tampoco a una que nos abandonó. Ni siquiera esperamos a una madre, es más bien una extraña que comparte nuestro ADN. Una mujer que representa dos traiciones que han bombardeado los cimientos de todo lo que creíamos saber sobre nosotras mismas.

—¿Estás segura de que quieres que Lumi esté aquí? —pregunto por tercera vez a Harper mientras pasea por el salón como una tigresa enjaulada.

—Necesita estar aquí —responde—. También es parte de la familia. De todos modos, no entrará hasta el final para conocer a su abuela y solo si las cosas no se tuercen demasiado —me asegura.

Hemos elegido mantener el encuentro en el pequeño hotel boutique en el extremo del resort, donde estaba antes el antiguo taller de soplado de vidrio de la abuela de Julie. Lo suficientemente neutral como para no despertar recuerdos dolorosos en Eileen. Huele a los pinos que rodean las instalaciones y a las velas que Julie ha encendido por toda la habitación para ayudar a crear una atmósfera cálida y relajada, aunque dudo que lo esté consiguiendo.

River permanece sentada en un sofá de cuero, haciendo girar en su dedo el anillo de compromiso una y otra vez. No ha pronunciado ni una sola palabra desde que llegamos hace una hora.

—¿Y si no reconozco nada en ella? —susurra mi hermana gemela, acercándose a mí—. ¿Y si miro a esa mujer y no siento absolutamente nada?

—Entonces, no sentirás nada —responde Marlo, encogiéndose de hombros—. Y eso también está bien. Recuerda que para ella a ser muy difícil. Incluso más que para vosotras. No recuerda nada y conocerá cosas que ha hecho en el pasado que no son agradables.

El crujir de neumáticos sobre la nieve nos congela a todas y, de pronto, el silencio es tan denso que se podría cortar con un cuchillo.

—Ya están aquí —murmura Harper—. Julie, por favor, llévate a Lumi hasta que te avise —agrega.

Por la ventana veo un Honda Civic azul marino, nada ostentoso, nada que grite dinero o poder. Un hombre alto y canoso sale del asiento del conductor y ayuda a una mujer a bajar del otro asiento.

Eileen Drake.

Incluso desde esta distancia, incluso después de dieciocho años y las cicatrices del accidente, reconozco bien ese gesto, el modo en que inclina la cabeza cuando está nerviosa.

—Joder —susurra River—. Es ella. Quiero decir, es realmente ella.

Lleva su melena canosa recogida en un moño bajo y se mueve con la cautela de alguien que está aterrorizada, aunque decidida. Daniel Drake la coge del brazo, no de una manera posesiva, sino protectora, como si quisiera indicarle con ese gesto que está ahí con ella, pase lo que pase.

Cuando entra en el salón, es como si el tiempo se detuviese, como si todo el universo contuviese la respiración y estuviese pendiente de lo que va a ocurrir. De cerca, se ve mucho mejor que en la video conferencia. Es el rostro de mi madre, envejecido, por supuesto, marcado por unas cicatrices que no estaban ahí la última vez que la vi. Esos penetrantes ojos azules que solo River heredó, se detienen en cada una de nosotras como si estuviese catalogando piezas de algún rompecabezas que no consigue resolver.

—Eileen —interviene Marlo, acercándose a ella—, estas son tus hijas. Harper, River, Sloane, e Ivy.

—Hola —susurra, su voz exactamente como la recordaba, pero más frágil ahora, sin la seguridad que tenía antes.

El silencio que sigue a continuación es insoportable. Puedo escuchar el crepitar de la leña quemándose en la chimenea, el tic-tac del reloj de pared, mi propio corazón latiendo tan fuerte que estoy convencida de que se me puede salir del pecho en cualquier momento.

—Por favor, sentaos —dice al fin Harper, señalando el sofá—. ¿Os apetece café? ¿Té?

—Café estaría bien —responde Daniel, ayudando a Eileen a sentarse.

Tiembla ligeramente cuando se alisa la falda. Tiene unas manchas de edad en el dorso de las manos que antes no estaban ahí y arrugas mucho más pronunciadas alrededor de los ojos.

—Sois muy amables —dice, su voz apenas audible—. Daniel me ha contado que... que yo viví aquí hace mucho tiempo.

—No exactamente aquí, pero sí en Silver Peaks, al menos pasabas temporadas largas. Teníamos una casa en el centro —explica River.

—Lo siento mucho, pero no recuerdo nada de eso.

—Lo sabemos —le aseguro, luchando para no ponerme a llorar—. Les he contado lo del accidente, lo de la amnesia. No esperamos que recuerdes nada, solo queríamos que nos conocieses.

—Pero esperáis algo, ¿verdad? —inquiere, demostrando que no ha perdido ni un poco de la percepción que antes tenía—. Puedo verlo en vuestros ojos. Dolor. Enfado. ¿Hice algo malo?

La pregunta es tan directa que nos desarma a todas. No esperábamos algo así y nos miramos unas a otras sin saber qué responder.

—No hiciste nada malo, mamá —se apresura a decir Sloane —. Bueno, es complicado.

—¿Complicado, cómo?

—Te fuiste —suelta River.

—¿Me divorcié de vuestro padre?

—Algo así —respondo con miedo.

—Te fuiste sin tus hijas —insiste mi hermana—. Nos abandonaste. Ni divorcio, ni nada. Te largaste y nos dejaste aquí.

Le dedicamos una mirada asesina, pero el daño ya está hecho, el color abandona el rostro de Eileen como si le hubiesen quitado el aire de los pulmones.

—¿Abandoné a mis hijas? No lo recuerdo —susurra Eileen—. No os recuerdo a vosotras, no recuerdo haber sido madre, tampoco haberme marchado.

Se echa hacia atrás en el sofá como si necesitase distanciarse físicamente de lo que está escuchando.

—Pero eras una buena madre —se apresura a explicar Sloane para tranquilizarla—. Hasta que no lo fuiste.

—Puede que tuvieses razones para marcharte —interrumpe Anika al ver que a Eileen empieza a faltarle el aire—. Su padre era… difícil por llamarlo de algún modo.

—¿Difícil?

—Era un hombre que creía que el poder le daba derecho a controlarlo todo —explica Harper—. Incluyendo a su propia familia.

Eileen asiente lentamente con la cabeza.

—A veces, tengo pesadillas —admite—. Hay un hombre gritando. Palabras horribles. Pero nunca veo su cara.

—Puede que sean recuerdos —sugiere Marlo al ver que Eileen se seca las lágrimas con la palma de la mano.

Justo en ese instante, la puerta se abre y Lumi entra corriendo, seguida por Julie, que intenta detenerla.

—¡Perdón! —se disculpa, dirigiéndose hacia donde está Harper—. Se escapó antes de que pudiese...

Lumi se detiene en seco al ver a Eileen, sus enormes ojos azules estudian a la mujer sentada en el sofá con intensidad.

—¿Eres mi abuela? —pregunta directamente.

Eileen parpadea, sorprendida.

—Yo... supongo que sí.

—Mamá me dijo que te fuiste porque estabas muy triste y que el abuelo no te trataba bien —continúa la niña, sentándose al lado de Eileen—. ¿Estás mejor ahora?

Sus palabras parecen llevarse una gran parte de la tensión que se estaba acumulando.

—No recuerdo si estaba triste, cariño —admite nuestra madre —. No me acuerdo de ese hombre. Pero estar aquí, con vosotras... me hace sentir que quizás... quizás algún día pueda recordar, al menos, una parte de esa vida. Saber que tengo una nieta me hace sentir bien.

No es la respuesta de una villana. Tampoco es la respuesta de una víctima. Es más bien la respuesta de una pizarra en blanco que lleva las cicatrices de una vida anterior que no recuerda.

Lumi se acerca más, sin el miedo que paraliza a los adultos, y besa la mejilla de su abuela antes de abrazarla.

—¿Te gustaría venir a cenar con nosotras algún día? Tía River cocina muy bien.

—Me encantaría —suspira Eileen, que ahora no puede dejar de llorar mientras acaricia entre sus dedos la melena rubia de la niña.

CAPÍTULO 18

Eileen / Elizabeth

A cada paso que doy, la nieve cruje bajo mis botas mientras me esfuerzo por recordar un pasado que permanece detrás de una densa cortina.

—Eileen, para de una vez —protesta Daniel, tirando de mi codo en medio del sendero que rodea el lago congelado de Silver Peaks—. Llevas media hora caminando en círculos.

Me detengo y me doy cuenta de que tiene razón. He estado dando vueltas por este mismo tramo desde que salimos del hotel.

—No recuerdo nada de esa mujer, Daniel —resoplo, dejándome caer sobre un banco de madera que han colocado junto al sendero—. Pero la odio.

—¿A quién odias?

—A Elizabeth Merriweather. ¿Cómo pudo abandonar a sus hijas?

Daniel se sienta a mi lado y rodea mis hombros, estrechándome contra su cuerpo.

—Eileen, mírame —dice de pronto, colocando los dedos en mi barbilla para que me gire.

Sus ojos siguen repletos de esa compasión infinita que me enamoró desde el día en el que desperté en aquel hospital, sin recordar ni siquiera mi propio nombre.

—No eres responsable de las decisiones que tomó una mujer que ya no existe, ¿vale? —me asegura, esbozando una sonrisa que me transmite calma.

—No estoy tan segura de eso —admito, sintiendo cómo las lágrimas acuden a mis ojos una vez más—. ¿Y si precisamente la razón por la que no recuerdo nada es porque esa mujer era un monstruo y mi subconsciente prefiere olvidarlo?

—Porque te conozco —responde, cogiendo mis manos entre las suyas—. He vivido contigo durante dieciocho años. He visto cómo cuidas a los pacientes en el centro de rehabilitación en el que acudes cada día como voluntaria, he visto cómo has criado a Jason como si fuese tu propio hijo, cómo lloras cuando ves en la televisión las noticias sobre niños sufriendo.

Su voz se quiebra un poco antes de continuar.

—La mujer que eres ahora jamás abandonaría a sus hijas. Jamás. Eso lo tengo totalmente claro —agrega.

—Pero…

—No sabemos nada de las circunstancias en las que vivió la mujer que un día fuiste. Por lo que cuentan tus propias hijas, tu anterior marido era horrible.

—Aun así…

—Sí, sé lo que estás pensando, que hoy en día, Eileen Drake se llevaría a sus cuatro hijas con ella sin dudarlo. Pero tú eras otra

persona, y quizá es mejor que no recuerdes esa parte de tu vida. No lo sé —suspira, encogiéndose de hombros.

Me quedo en silencio, observando cómo un ciervo cruza el sendero a lo lejos.

—Necesito hablar con ellas. Con las cuatro. A solas —suelto de pronto.

—¿Estás segura?

—No podré seguir adelante hasta que lo haga. Me gustaría construir una relación con mis hijas. Sé que ahora son ya mujeres y hemos perdido dieciocho años. Sé que ya no me consideran su madre, solo una persona con sus mismos genes, pero debo intentarlo. No puedo seguir adelante con mi vida cargando con esta culpa.

—¿Qué vas a decirles?

—La verdad —reconozco—. Que no puedo pedirles que perdonen a Elizabeth por marcharse y dejarlas aquí en plena adolescencia, pero que les pido que me perdonen a mí, Eileen, por el dolor que Elizabeth les sigue causando.

Dos horas más tarde, estoy sentada en un enorme salón, en una suite que mi hija mayor mantiene en el hotel principal. El resto de las hermanas me miran con curiosidad, formando una especie de semicírculo. He preferido que vengan solas, sin sus parejas. Todo el espacio huele a leña quemada y me trae recuerdos que no consigo visualizar.

Coloco las manos sobre las rodillas para que no se note tanto que estoy temblando, me aclaro la garganta y las miro una por una

antes de empezar a hablar.

Harper trata de mantener una actitud distante, controlada. River es mucho más emocional, juguetea nerviosa con su anillo de boda, Sloane se cruza de brazos, es mucho más atlética que el resto de las hermanas. Ivy lo observa todo, clavándome la mirada como si pudiese ver a través de mi alma.

—Quiero hablaros de perdón —digo al fin.

—¿Perdón? —interrumpe River, frunciendo el ceño—. ¿Vas a pedirnos perdón por abandonarnos?

—No —me apresuro a responder—. No puedo pediros perdón por lo que hizo Elizabeth. Ella tomó unas decisiones, sean cuales fuesen sus razones, pero yo ni siquiera las recuerdo. Y definitivamente no puedo pediros que perdonéis a vuestro padre.

—¿Entonces? —inquiere Harper, inclinándose hacia delante.

—Os pido, si podéis, que me perdonéis a mí, Eileen, por el dolor que Elizabeth os sigue causando incluso ahora.

—¿Qué quieres decir? —murmura Sloane.

—Quiero decir que cada vez que me miráis, veis a la mujer que un día os abandonó. Cada vez que hablo, escucháis la voz de alguien que os hizo mucho daño. Sé que mi presencia aquí os trae dolor y no os aporta las respuestas que esperabais obtener de mí.

Tengo que hacer una pausa para secar las lágrimas que empiezan a acumularse en mis ojos.

—Lo que Elizabeth hizo fue un acto de cobardía. No tengo ni idea de sus motivos, supongo que nunca los recordaré y seguramente es mejor así. Pero, abandonar a sus cuatro hijas,

sabiendo que su padre era un manipulador... no hay ninguna justificación para eso. Y lo siento de verdad. Siento que tengáis que cargar con esa herida —confieso, desviando la mirada hacia la ventana.

—Eileen... —comienza Ivy.

—Por favor, déjame terminar —suplico—. Lo que quiero que entendáis es que yo no soy Elizabeth. Soy una persona diferente, construida sobre los restos de quien ella fue, aunque totalmente distinta. Pero también sé que mi cara es su cara, que mi voz es su voz, y que mi presencia es para vosotras un recordatorio del daño que os hizo.

Me pongo de pie, incapaz de permanecer sentada mientras pronuncio las palabras que me rompen por dentro.

—Si no podéis separarme de ella, lo entiendo. Si mirarme y recordar a la persona que os abandonó es demasiado doloroso, lo acepto. Pero si hay alguna posibilidad... alguna pequeña posibilidad de que podáis conocer a la persona que soy ahora… Supongo que lo que quiero decir es que, hasta hace unos días, ni siquiera sabía que tenía hijas. Ahora me entero de que tengo cuatro, que lo habéis hecho muy bien sin mí y que… bueno, que me gustaría llegar a conoceros. No pretendo recuperar todos esos años perdidos, sé que eso es imposible, solo pido que me dejéis conoceros.

Las cuatro se miran unas a otras. Supongo que para ellas debe ser una situación muy complicada. Es River quien se mueve primero.

Se levanta del sofá con movimientos algo torpes, casi tropezando, y antes de que pueda reaccionar, se sienta junto a mí,

colocando una mano en mi hombro.

—Yo no puedo culparte por lo que hizo una mujer que para ti ni siquiera existe, así que, por mi parte, yo también quiero conocerte, saber cómo eres ahora. No sé, supongo que será difícil, pero no quiero que simplemente sepamos que existes y vuelvas a desaparecer de nuestras vidas. No puedo hablar por mis hermanas, pero eso es lo que a mí me gustaría hacer.

—Gracias —suspiro, inclinándome para abrazarla—. Gracias, River.

Cuando se separa, es Harper la que se pone en pie y se acerca a mí. Mantiene la compostura, aunque se ve claramente que está afectada.

—Tú no tomaste esas decisiones. Como acaba de decir River, no podemos culparte por algo que ni siquiera recuerdas. Ahora pareces diferente.

No es un abrazo emocional como el de River, simplemente toca mi hombro, pero supongo que ese es el idioma de Harper: práctico.

Sloane se acerca y, por primera vez desde que la conocí, me sonríe. No es una sonrisa educada o cautelosa. Es cálida.

—Supongo que no se trata de borrar el dolor o de fingir que las cosas malas nunca ocurrieron. Se trata de quién eres ahora. Y yo también quiero conocer a Eileen Drake, no juzgar a Elizabeth Merriweather por algo que tú no recuerdas.

—Sloane, eso es...

—Yo fui insoportable contigo —me corta, levantando una mano—. Siempre prefería a mi padre —reconoce con un gesto de dolor—. Así que no estoy como para dar lecciones a nadie.

—Siempre fue la favorita de papá —interrumpe Ivy, medio en broma, medio en serio—. Incluso por delante de Harper. Yo no voy a juzgar los pecados de una persona que ya no existe —afirma, inclinándose para darme un largo abrazo.

CAPÍTULO 19

Marlo

—¿En qué piensas? —pregunto, acariciando la melena de Ivy mientras permanece recostada en el sofá, apoyando la cabeza en mi muslo como si fuese una almohada.

—En que, por primera vez en muchísimos años, no parece haber secretos, como si haber hecho las paces con nuestra madre, nos permitiese cerrar el círculo.

En el fondo del salón, la leña crepita con suavidad en la chimenea. Desde que estoy en Silver Peaks, empiezo a convertirme en toda una experta en leña para el fuego. Ivy me ha explicado las diferencias entre quemar Pino Ponderosa, Abeto de Douglas como hacemos hoy o Tamarack. Nos gusta pasar tiempo en la casa que tengo alquilada cerca de la plaza del pueblo. No es lujosa como el resort de las Merriweather, pero aquí podemos ser Ivy y Marlo, sin apellidos.

—¿Qué tal están tus hermanas? —inquiero, inclinándome para besar su cabeza, aunque sospecho la respuesta.

—Creo que la reunión con mi madre será muy positiva a largo plazo. De momento, cada una lo gestiona a su manera. Harper encerrada en su despacho, River diseñando un nuevo plato, y

Sloane… Sloane está escribiendo una carta a nuestro padre. Una que más tarde quemará, pero que necesita escribir.

—¿Y tú?

Gira ligeramente para mirarme a los ojos y sonríe.

—Yo estoy aquí contigo, con la mujer con la que quiero estar. Y por primera vez en mi vida, no estoy pensando en lo que viene a continuación o en lo que debería hacer. Solo estoy... siendo yo misma.

Nos besamos. Lento y suave, y cuando nos separamos, me sonríe de un modo que consigue que mi corazón se salte varios latidos.

—¿Marlo?

—¿Mmm?

—Vamos al dormitorio —susurra.

—¿Al dormitorio? —repito, alzando las cejas.

—También podemos hacerlo aquí, pero la cama estaría mejor —explica con un guiño de ojo.

Me pongo en pie y le doy la mano. Entrelazamos nuestros dedos y me sigue por el pequeño pasillo, deteniéndonos de cuando en cuando para comernos a besos.

—Esta vez parece diferente —susurro, acunando su rostro entre las manos para besar su frente.

—Lo sé —responde mientras desabrocha lentamente los botones de mi camisa.

Un nuevo beso, más profundo esta vez, y siento cómo se derrite contra mi cuerpo. Continúa desabrochando mis botones hasta abrir la camisa por completo. Sonríe, besando mi hombro derecho antes de quitarla y dejarla en una silla.

A continuación, se quita la camiseta y, cuando deslizo la punta de los dedos por sus costados, da un pequeño respingo.

—¿Tienes cosquillas?

—Un poco —admite, aunque no se separa.

Beso el hueco de su garganta, la mandíbula, bajo hasta la clavícula, dedicando tiempo a saborear cada centímetro de su piel. Ivy va directa a mi sujetador, hace una pequeña pausa, como pidiéndome permiso, pero el modo en que mi espalda se arquea al sentir su tacto, la manera en que presiono mi cuerpo contra el suyo, le deja muy claro que prefiero estar sin ropa.

Pronto, estamos ambas desnudas y tumbadas en el colchón, donde Ivy se coloca sobre mí y me acaricia con sus pechos.

—Me encanta que seas tan sensible —suspira con una sonrisa al ver que se me escapa un pequeño gemido cuando sus pezones rozan los míos.

Su cuerpo es una auténtica obra maestra y empiezo a estar jodidamente obsesionada con todos esos pequeños lunares que salpican su piel. Ronronea como una gata al sentir la punta de mis dedos en sus pezones y separa mi pierna derecha, buscando el contacto de mi sexo con el suyo.

Se mueve lentamente, creando una fricción exquisita que me vuelve loca de deseo, con gemidos largos y suaves, dejando un

reguero de excitación entre mis piernas.

—Me estás matando, Ivy —admito entre jadeos.

Sonríe, enraíza los dedos en mi melena y tira de mi cabeza hacia delante para besarme con urgencia. A continuación, muerde mi labio inferior, tirando de él entre sus dientes sin dejar de frotarse contra mí.

—Necesito tu boca ya —suspira.

Alzo las cejas, pero no pierde tiempo, se tumba en la cama y abre las piernas, señalando entre ellas con el dedo índice mientras me guiña un ojo de manera juguetona.

Meneo la cabeza y pongo los ojos en blanco y, antes de darme cuenta, mi lengua está contra su sexo al tiempo que ella se deshace entre gemidos y jadeos.

Está empapada, froto la lengua lentamente para, más tarde, hacer pequeños círculos alrededor de su clítoris mientras cuelo dos dedos en su interior. Todo su cuerpo se tensa, sus caderas se mecen contra mi mano y mis dedos brillan con su excitación.

—Joder —chilla, arqueando la espalda y sujetando mi cabeza contra su clítoris—. No pares —ordena.

No lo hago. Sigo deslizando los dedos en su interior, lamiendo su clítoris, sintiendo que su respiración se vuelve más irregular mientras me clava las uñas en los hombros. Cuando alcanza el clímax, lo hace con un gemido largo, su sexo pulsando sobre mis dedos al tiempo que se deja caer sobre el colchón, llevándose las manos a la frente mientras trata de recuperar la respiración.

—Tú sí que acabas conmigo —bromea, tirando de mí para que me coloque a su altura antes de besarme—. Dame los dedos —ordena antes de meterlos en la boca para chuparlos.

No sé cuánto tiempo pasa mientras seguimos haciendo el amor, solo sé que, cuando me quiero dar cuenta, fuera ya ha anochecido y los copos de nieve se amontonan contra el cristal de la ventana.

—¿Crees que podríamos quedarnos aquí, en la cama, para siempre? —ronroneo, besando sus labios.

—Define para siempre.

—Al menos, hasta que pare de nevar.

—Eso podría ser a finales de abril y estamos en enero, creo que mis hermanas se preocuparían —ironiza—. ¿Piensas que habría trabajo para una detective especializada en encontrar a personas desaparecidas en un lugar como Silver Peaks?

—No lo tengo nada claro, aunque mi caso más importante está justo aquí, en la cama conmigo —susurro contra sus labios.

—Eres una cursi —bromea, tratando sin éxito de hacerme cosquillas.

—De todos modos, sabes que mi trabajo es por todo el país, ¿verdad? No necesito estar obligatoriamente en Chicago. Eso sí, tendría que pasar temporadas fuera de Silver Peaks —le explico.

—O Harper podría contratarte de directora de seguridad o algo así.

—Ivy, tengo mi trabajo —le recuerdo, alzando las cejas—. Hago lo que me gusta, soy buena en ello y ayudo a otras personas

en el proceso. Lo haremos funcionar.

—¿Eso significa que estás dispuesta a quedarte de verdad? —insiste.

—Eso significa que estoy dispuesta a quedarme de verdad —repito como una boba.

Ivy sonríe. Coloca una manta por encima de nosotras y se acurruca contra mi pecho y, cuando nos quedamos dormidas, no sueño con correr detrás de un nuevo caso. Sueño con permanecer en Silver Peaks para siempre.

CAPÍTULO 20

Ivy — Seis meses más tarde.

Ana Sofía lleva el vestido al revés, pero no pienso decírselo a nadie.

La pequeña de ocho años camina por la capilla del resort con una sonrisa de oreja a oreja, esparciendo pétalos de rosa como si fuese confeti en el día de Año Nuevo. Su hermano Theo la sigue a dos metros de distancia, llevando los anillos y tratando de contener las lágrimas que comienzan a acumularse en sus ojos.

—¿Crees que deberíamos decirle algo? —susurra Lumi a mi lado, señalando discretamente el vestido de Ana Sofía.

—Ni se te ocurra —respondo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro y sonriendo—. Está perfecta así, tal como está. Además, apenas se nota y será una anécdota divertida algún día.

Esa niña irradia una confianza que me recuerda a la de mi hermana gemela a su edad, cuando pensaba que podría conseguir cualquier cosa si se esforzaba lo suficiente.

Las flores silvestres y ramas de pino que River se empeñó en colocar por todas partes, confieren a la zona un aroma a bosque. Los bancos de madera brillan bajo la luz de varias tonalidades que se filtra por las vidrieras que Julie diseñó especialmente para la

ocasión. Cada panel cuenta una parte de la historia de amor entre Sloane y Esme: su primer encuentro en la universidad, la separación, los años perdidos, y finalmente, el reencuentro. Nos costó una barbaridad convencer a Harper de que aprobase el gasto, pero mereció la pena. Ha quedado espectacular.

River está sentada a nuestra derecha, al lado de Anika, susurrando algo que le hace reír tanto que debe taparse la boca con la mano. Harper y Julie ocupan el banco de la izquierda, con la cabeza de mi hermana apoyada sobre el hombro de su esposa.

—Tu madre parece tan feliz en este instante… —susurra Marlo, inclinándose para besar mi mejilla.

La miro y no puedo evitar sonreír. Se ha perdido la boda de Harper y River, aunque ahora tiene la oportunidad de asistir a la de Sloane y quizá, algún día a la mía. Está sentada al lado de Daniel e irradia felicidad.

La música comienza y todos nos ponemos en pie. Esme y Sloane aparecen cada una desde una esquina y juro que el universo mismo se detiene. Han elegido vestidos a juego y ambas están preciosas, aunque si mi hermana sigue llorando, arruinará su maquillaje.

Pero lo que realmente quita el aliento es la sonrisa en el rostro de mi hermana gemela. Es como si el sol hubiese decidido instalarse permanentemente en su cara.

Cuando sus miradas se encuentran, el gesto es tan bonito que casi se puede ver cómo todo lo demás desaparece para ellas.

—Joder, qué guapas están —susurra River, lo suficientemente alto como para que la mitad de la capilla la escuche.

Anika le da un codazo y pone los ojos en blanco, pero no puede evitar una sonrisa.

Empieza el discurso y Theo elige justo ese instante para decirle a su madre que a Sloane se le está corriendo el rímel, ganándose una mirada asesina de Ana Sofía.

Todo el mundo se ríe, aunque pronto aparecen algunos suspiros al ver la ternura con la que Esme seca con la punta de sus dedos las lágrimas de mi hermana.

—El amor verdadero no es la ausencia de errores, sino el perdón —comienza el discurso, aunque creo que casi nadie le presta atención. Estamos demasiado pendientes de las reacciones de Sloane y Esme, intercambiando miradas y gestos que contienen años de historia, dolor, arrepentimiento y, finalmente, felicidad.

—Esme, un día te perdí porque creí que una medalla olímpica valía más que tu corazón —confiesa Sloane.

Se detiene, tragando saliva mientras trata de secar las lágrimas con la palma de la mano.

—Tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que estaba muy equivocada. Ahora sé que el verdadero amor se gana cada día con pequeños gestos. En los momentos buenos y en los terribles. En las victorias y en las derrotas.

Hace una nueva pausa y busca las manos de Ana Sofía y Theo, atrayéndolos hacia ella.

—Ana Sofía, Theo, hoy no solo me estoy casando con vuestra madre. También me estoy comprometiendo a ser una madre para vosotros. Alguien que os proteja, que os apoye y os quiera de una

manera incondicional. No pretendo sustituir a nadie, pero prometo estar ahí siempre que me necesitéis.

Ana Sofía sonríe de oreja a oreja mientras Theo asiente con solemnidad, como si estuviese firmando un contrato oficial.

—Y Esme —continúa Sloane, girándose de nuevo hacia ella—, te prometo que esta vez, lo único que me importas eres tú. Te prometo luchar porque cada día sea especial, hacerte feliz. Demostrarte mi cariño cada mañana cuando me despierte y cada noche cuando me acueste. Para siempre.

Esme hace también un bonito discurso, habla algo sobre Silver Peaks, sobre la familia, sobre la felicidad, pero toda mi atención está puesta en el modo en que Marlo aprieta mi mano, en la forma en que se gira para mirarme. En lo feliz que soy a su lado.

Theo se limpia la nariz con la manga, y Ana Sofía aplaude hasta que su madre le hace un gesto para que pare.

—Y Sloane —termina Esme—, te prometo que esta vez no tendremos que elegir entre el amor y los sueños. Esta vez, lo tendremos todo.

El intercambio de anillos es un desastre. Un caos perfecto. Demasiado emocionado, Theo tropieza y caen al suelo, pero el modo en que Sloane y Ana Sofía los recuperan queda tan natural que parece hecho a propósito.

El beso que le sigue está lleno de promesas y nuevos comienzos. Cuando se separan, Ana Sofía grita un "¡ya era hora!", tan fuerte que se escucha en la última fila.

Todo explota en aplausos y risas, algún silbido de River, muchos besos y abrazos, pero lo que más llega a mi corazón es Eileen, secándose las lágrimas de alegría mientras me hace un gesto con la mano y creo que en sus labios puedo leer un "os quiero".

**

La recepción que River y su equipo han preparado es espectacular. De nuevo, tuvimos que engañar a Harper con parte de los gastos, pero ha quedado perfecto. Al fondo, las montañas nevadas crean un ambiente único.

—¿Te acuerdas de cuando Sloane decía que el matrimonio era una institución arcaica? —bromea River, acercándose a mí con dos copas de champán.

—No fue hace tanto tiempo —le recuerdo—. Supongo que el amor hace cosas raras a la gente.

—Sip, y hablando de amor…

—No, River —la interrumpo, levantando la mano—. Lo que sea que vayas a decir, no.

—Solo iba a mencionar que Marlo está muy guapa con ese vestido.

Observo a Marlo hablando con Anika y Harper cerca de una de las mesas de canapés y casi tengo que retener un suspiro.

—Lo está —reconozco—. Mucho.

Por suerte, la conversación se detiene cuando llega Julie, porque ya me estaba preparando para el siguiente comentario. Lumi viene junto a ella, con un vestido blanco que ya se ha manchado de chocolate.

—River dice que no durarás ni un año. Incluso ha hecho algunas apuestas —susurra la niña al pasar a mi lado, mientras mi hermana trata de disimular, haciendo gestos con las manos como que no ha dicho nada.

Casi me atraganto con el champán.

La banda de música comienza a tocar, y las parejas se dirigen hacia la pista. Sloane y Esme abren el baile, moviéndose juntas como si hubiesen estado practicando durante años.

River y Anika se unen a continuación, con River claramente improvisando algunos pasos y Anika riéndose tanto que casi no puede mantenerse en pie. Harper y Julie las siguen, moviéndose con esa elegancia sencilla que las caracteriza.

—¿Bailas? —pregunta Marlo a mi espalda.

Antes de que me quiera dar cuenta, estoy deslizándome con ella por la pista de baile, con sus manos en mi cintura y las mías en sus hombros.

—Esta boda es increíble —admite, inclinándose para susurrarlo a mi oído.

—Es la mejor hasta el momento —reconozco.

—¿Hasta el momento? —inquiere Marlo, separándose ligeramente para mirarme a los ojos y alzar las cejas.

—Quiero decir que…

—Sé lo que quieres decir, era broma —me asegura, guiñando un ojo antes de besarme.

—¿Te diviertes?

—Mucho, pero es súper raro.

—¿Qué?

—Vine a Silver Peaks buscando el pasado de una mujer que había huido de su hogar y al final, he encontrado el mío —confiesa, encogiéndose de hombros.

—Marlo...

—No tienes que decir nada —me corta con rapidez—. Solo quería que lo supieses. Que sepas que todo esto, tu familia, es rara, pero es hermosa y este pueblo… tú… sois mi hogar ahora.

—Bienvenida a casa, Marlo —susurro, acunando su rostro entre las manos antes de besarla.

Creo que River ganará la apuesta.

EPÍLOGO

Marlo — Un año más tarde.

Ana Sofía acaba de lanzar un globo de agua directamente a la cara de Harper y estoy bastante segura de que nos hemos quedado todos en shock.

Lumi se ríe y detrás de unos arbustos, observamos que River permanece escondida mientras planifica un ataque con pistolas de agua sobre el resto de los adultos.

—¡Parece que tienes siete años! ¡Eres mucho peor que los críos! —protesta nuestra hermana mayor, tratando de secarse.

—Quizá deberíamos detener esto antes de que Harper se enfade de verdad. A veces, River no sabe cuándo parar —propone Ivy, cogiéndome la mano.

—Lo que darían algunas revistas por tener esas fotos de Harper —ironizo—. Una de las empresarias más temidas el país, siendo atacada con globos de agua.

Ivy pone los ojos en blanco, llevándose una mano a la frente y yo me quedo embobada observando cómo un grupo de personas tan dispares, son capaces de compenetrarse tan bien.

Ahí está Eileen, mi "persona desaparecida" favorita, exprimiendo al máximo los recuerdos sin renunciar a su vida en

Chicago. Unos metros a la izquierda, los niños han detenido la guerra de agua y ahora escuchan con atención las instrucciones de River para cocinar hamburguesas perfectas en la barbacoa.

Harper se ha cambiado de ropa y apoya la cabeza en el hombro de Julie, mientras su hija Lumi se sienta en el suelo entre sus piernas. Sloane y Anika rememoran junto a Esme algunas anécdotas de sus años en la universidad mientras un viejo altavoz hace sonar antiguas canciones de Fleetwood Mac.

Se me dibuja una sonrisa tonta en los labios. Creo que la última vez que fui tan feliz tenía once años y estaba en el porche de mi abuela en Kenosha, comiendo un helado y fingiendo que el verano nunca se terminaría.

—¿En qué piensas? —pregunta Ivy apoyándose sobre mi cuerpo en el columpio del porche.

—En lo surrealista que es todo esto —respondo, besando su frente—. Hace año y medio, yo era tan solo una detective solitaria que vivía de café frío y casos sin resolver. Ahora, tengo una familia que podría poblar un pueblo pequeño.

—¿Te gusta?

—Me encanta —admito con un largo suspiro.

—Genial, porque quiero darte algo. Iba a hacerlo esta noche, a solas, pero ahora mismo están todos distraídos y, literalmente, me muero de ganas. No puedo aguantar ni un minuto más —añade, sacando una caja de terciopelo azul.

—Ivy, ¿esto es…? ¿Esto es lo que creo que es? —pregunto, prácticamente temblando mientras abro la caja.

—No.

—¿No?

—A ver, cumple la misma función, pero no es lo que crees que es.

—Estoy completamente perdida —reconozco.

—Anda, abre la caja, pesada —ordena.

—¿Una brújula? —inquiero sorprendida.

—Era de mi abuelo, el padre de Eileen —explica—. Me la dejó antes de morir. Dijo que algún día sabría cuándo era el momento correcto para dársela a alguien.

—¿Y ahora lo sabes? ¿Es el momento correcto?

—Lo supe el día en que decidiste quedarte en Silver Peaks para estar a mi lado —responde, inclinándose para besar mi frente. Dale la vuelta.

—Para que siempre encuentres el camino a casa —leo en voz baja.

—Supongo que es mi manera torpe de pedirte que te cases conmigo —reconoce—. Lo de los anillos… eso podemos decidirlo juntas, pero quería darte algo realmente personal. Algo que forma parte de mí. Y bueno, se supone que ahora es cuando me dices que sí. O eso espero —añade.

—Joder, claro que sí, Ivy —respondo, inclinándome para besar sus labios—. De todos modos, el camino a casa lo he encontrado ya. Con o sin brújula, porque está a tu lado.

—Estás siendo cursi otra vez, detective —bromea, devolviéndome el beso.

—Tenías razón. Este sitio… Silver Peaks, tiene algo de especial —admito.

—Magia. Tiene magia. No es solamente un lugar en el mapa. En mi caso, consiguió que nuestras vidas se cruzasen, que encontrase a la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida sin ni siquiera saber que te estaba buscando.

Mientras se acurruca contra mi cuerpo, observo la brújula y sonrío. Si alguien me hubiese dicho hace un año y medio que encontraría el amor en un pequeño pueblo de Montana, me habría reído hasta llorar.

Y, sin embargo, aquí estoy, rodeada de pistas de esquí, yo que ni siquiera sé esquiar, despertando cada mañana junto a una mujer que consigue que cada uno de mis días sea especial.

Anoche, River bebió demasiado whisky y nos dijo que Silver Peaks no es solo un pueblo de montaña o una estación de esquí, es donde las almas gemelas vienen a encontrarse, el lugar en el que los corazones rotos aprenden a sanar.

Empiezo a creer que es verdad, que Silver Peaks todavía tiene muchas historias que contar.